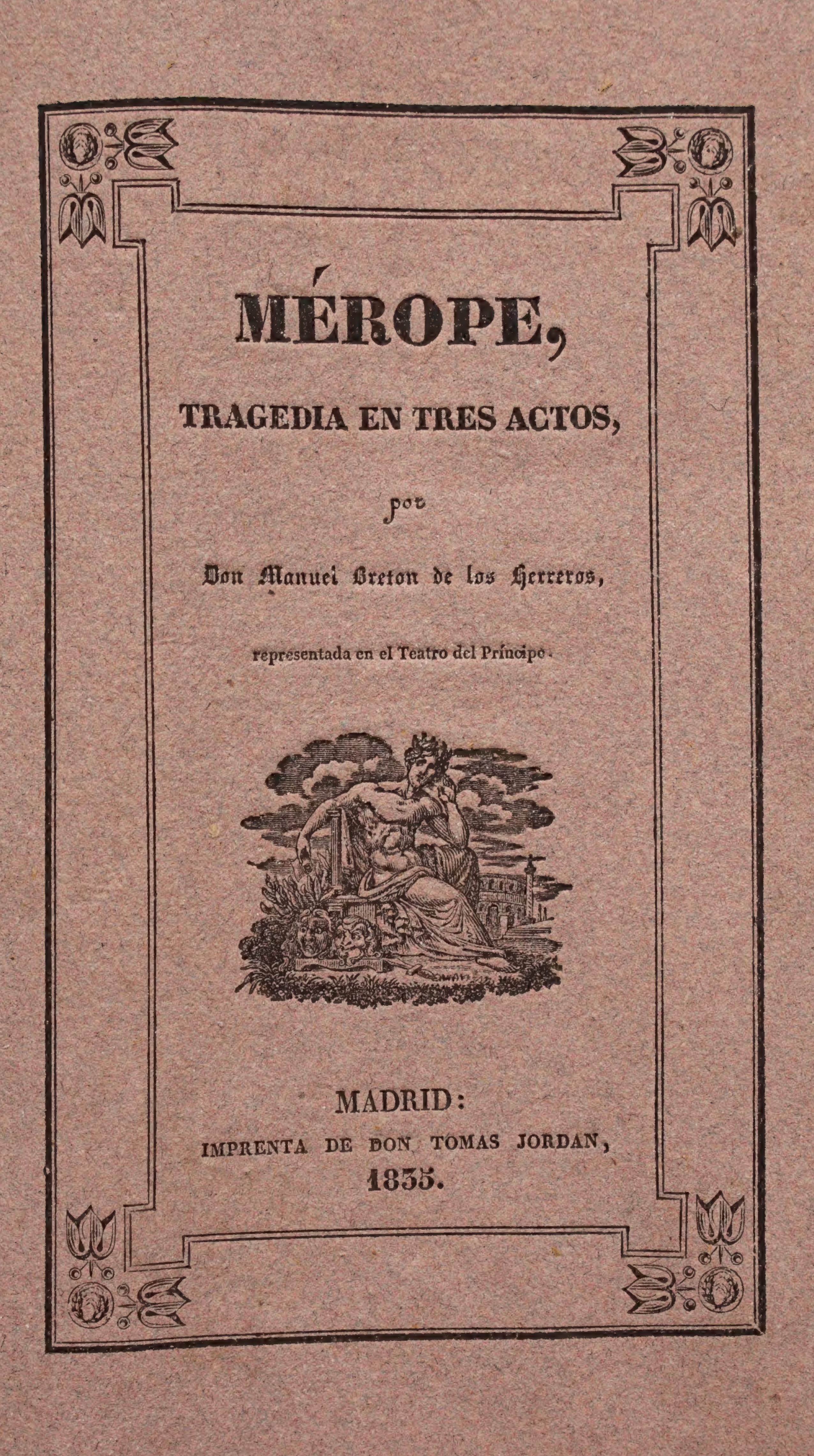


# MÉROPE,

## TRAGEDIA EN TRES ACTOS,

por

Don Manuel Breton de los Herreros,

representada en el Teatro del Príncipe.

MADRID:
IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN,
1835.

# MÉROPE,

## TRAGEDIA EN TRES ACTOS,

POR

D. Manuel Breton de los Herreros,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DEL PRINCIPE

el dia 27 de abril de 1835.



MADRID:
IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN,
1835.

| Personas. | Actores. |
| --- | --- |
| MEROPE | *Doña Concepcion Rodriguez.* |
| POLIFONTE | *Don Cárlos Latorre.* |
| EGISTO | *Don Julian Romea.* |
| POLIDORO | *Don Pedro Lopez.* |
| ADRASTO | *Don Nicolás Lombia.* |
| NARBAS | *Don Florencio Romea.* |
| SOLDADOS.—PUEBLO. | |

*La escena es en el palacio de* MESENE. *A la derecha del espectador la puerta que conduce al sepulcro de* CRESFONTE.

# MÉROPE.

*Esta tragedia es propiedad de* D. Tomás Jordan, *y se hallará de venta en su librería y almacen de papel, Puerta del Sol, acera de la Soledad, núm.* 3, *frente á la fuente, á* 6 *rs.*

# ACTO I.

## ESCENA I.

—

*Mérope, Narbas.*

MEROPE.

¿Qué me quieres, esclavo? ¿Quién tu planta
á la prision de Mérope conduce? —
Sí; que ya es para mí carcel horrenda,
tumba diré mejor, este palacio.
Habla. Si á mí te envia por ventura
mensagero de muerte
mi bárbaro opresor...

NARBAS.

¡Qué! ¿Ya tus ojos
desconocen, oh Reina...

MEROPE.

¿Será sueño...
¡Narbas! ¡Tú...

NARBAS.

Sí: la humilde vestidura
que me cubre y el oro prodigado
á un satélite vil...

MEROPE.

Nunca he dudado,
nunca de tu lealtad. ¿Y cuál... Yo tiemblo.
¿Cuál nueva... Ya tres años ¡oh amargura!
sin verte, sin saber del hijo mio...
Habla: no tardes. ¿Vive? — ¡Tú suspiras!...
¡Ay madre desdichada!
¡Cayó en las garras del tirano impío!

NARBAS.

Inesperada nueva,
¡oh viuda de Cresfonte! á tí me guia,
y bien á tu materno desconsuelo
la quisiera ocultar: lo sabe el cielo.
Mas no cierres tu pecho á la esperanza.
Quizá de tu venganza
ya se acerca el momento suspirado.
Ningun indicio aún...

MEROPE.

¿Mas cuál... Acaba;
ten compasion de mí: ¿cuál desventura
me vienes á anunciar?

NARBAS.

En vano, oh Reina,
burlar la vigilancia
del crudo usurpador ansió mi celo:
en vano del anciano Polidoro
anhelaba saber y de tu Egisto
fiado á su lealtad desde la infancia.
Yo tambien como tú desesperado
de la raza de Alcides generosa
presentía y lloraba el esterminio;
mas hoy cuando la noche tenebrosa
al albor matinal desparecia

llama á mi puerta un mísero mendigo,
y luego que en mis lares
le acojo asi me dice: el fiel amigo
que tanto anhelas ver á tí me envia
de imprevista afliccion funesto nuncio.
Tres lunas ha que del hogar paterno
huyó su hijo. Por la Grecia toda
el anciano infeliz su huella errante
rastrea sin consuelo
y su perdido bien demanda al cielo.

MEROPE.

¡Al cielo que en mis lágrimas se goza!
¡Al cielo que los crímenes premiando
de un soldado insolente,
de un súbdito rebelde, la corona
que á mi esposo arrancó ciñe á su frente!
¡Vano clamor! Deidades del Averno,
solo á vosotras invocar me es dado.
Herid, romped mi corazon materno
que osó abrigar tres lustros el delirio
de esperanza falaz. ¡Ay cara prenda!
¡Hijo del alma mia!
¡Muerto, si; no hay dudar! ¡A ese tirano,
á ese mónstruo faltaba
el deleite infernal de tu agonía!

NARBAS.

¡Ah! Calma tu dolor. No ya en su rostro
Polifonte mostrara
la inquietud que sin tregua le consume
si su víctima fuera ó su cautivo
el hijo de Cresfonte: no temblara
si tal vez algun joven estrangero
los límites traspasa de Mesenia.
¿Ni cómo al orbe entero

su triunfante crueldad ocultaria?

MEROPE.

En vano, amigo fiel, tornar intentas
la desterrada paz al alma mia.
Quizá en las redes que el cruel tirano
tendia á su inocencia,
quizá no habrá perdido
la dulce libertad y la existencia
el hijo de mi amor; mas ¡ay! vagando
de region en region, solo, inesperto,
¿cuál su suerte será? ¡Qué de peligros,
qué de afanes al mísero rodean!
Hora rendido, yerto
y desechos en lágrimas sus ojos
cabe el umbral de prócer insensible
mendiga de su mesa los despojos:
hora la noche en árido desierto
sin guia le sorprende, sin amparo;
y si aleve puñal no le amenaza,
de carnívora fiera el diente horrible
sus palpitantes miembros despedaza.

NARBAS.

Tan funestas imágenes destierra.
Vive tu tierno hijo;
vive; sí. No á tamaña desventura,
no á muerte infame, oscura
le reservan los dioses inmortales.
Si estinguir la gloriosa descendencia
hubieran decretado
del semi-Dios invicto cuyo nombre
llevó la fama hasta el confin del mundo,
de aquel que aun en los antros horrorosos
del Tártaro profundo
osó vibrar su clava formidable

terror de la orgullosa tiranía,
no su postrer renuevo,
esperanza de un reino esclavizado,
á la segur impía
hubieran desde el cielo arrebatado.
El ínclito Cresfonte
víctima fue de horrenda alevosía
y sus hijos con él: solo el postrero
se salvó de la atroz carnicería.
Y ¡qué! ¿la sacra omnipotente mano
por tantos años le ocultara en vano
al bárbaro furor de Polifonte?
Tornará, yo lo espero,
al maternal regazo;
tornará y las cadenas que te oprimen
en breve romperá su fuerte brazo.

MEROPE.

¡Ah! ¡Cuál derraman plácido consuelo
en mi afligido seno tus palabras!
Unico afecto mio,
dulce materno amor, sufre y espera.
Corazon amoroso, yo te creo;
sí; que ya tus latidos no sintiera
si la sombra del hijo que idolatro
vagase en las orillas del Leteo.

NARBAS.

No sola tú del Príncipe la ausencia
desconsolada lloras;
no sola tú contra el cruel tirano
del Dios tonante la justicia imploras.
Mal reprime su encono
la ultrajada ciudad. Morir lidiando
ó derribar del usurpado trono
á un rebelde, á un traidor, á un asesino

es toda su ambicion. Ya no amedrenta
ni al noble ni al oscuro ciudadano
de esa venal milicia la arrogancia;
que la muerte prefieren á la afrenta.
Pronuncia una palabra, y mil patricios
combatirán por tí, y el crudo imperio
caerá del que en la fuerza, en los suplicios
y en la negra impostura lo afianza,
y no mas en amargo cautiverio
sin fruto al cielo pedirás venganza.

MEROPE.

No, no plegue á los Dioses
que en temeraria lid por mí se vierta
la sangre de ese pueblo generoso.
¿Cómo la triunfante hueste venceria
la imbele y mal armada muchedumbre?
¿Que vale sin la fuerza la osadía?
¿Volveranme su ruina ó su victoria
el hijo de mi amor? ¡Ah! ¿Qué es la gloria,
qué es sin él para mí, madre afligida,
de una diadema el esplendor funesto?
¿Qué es el poder, la libertad, la vida?
No. Guardad para el dia venturoso
en que recobre mi perdida prenda...
¡Ay! ¡Tal vez ese dia suspirado
no lucirá jamás!... Guardad, os ruego,
el valor, la lealtad. Yo la primera,
enjuto ya mi doloroso llanto,
por él empuñaré la férrea lanza
con diestra varonil. Yo sin espanto
la saña del traidor, la muerte fiera
arrostraré por él. Déjame en tanto
importunar gimiendo
á Jove tronador. Huye. No duermen
de la opresion los pérfidos ministros.

Huye de mí. No esteril holocausto
á indefensa lealtad tu sangre sea:
sufra yo sola mi destino infausto.

NARBAS.

A Dios; que mal pudiera el brazo mio
aquí pugnar inerme en tu defensa.
Tornó á velar por tí. Si nuevos males
te aguardan; si tu vida... ¡Ay del impío!
Contra su pecho sobrarán puñales.

## ESCENA II.

—

*Mérope.*

¡Piedad, oh Dioses! Vuestra sacra egida
del hijo mio ampare la inocencia.
Si otra víctima exige vuestra saña,
tomad, tomad mi vida
y la suya salvad. — Bien de mis ojos,
¿donde estás? ¡Ay de mí! ¡Fuérame dado
lejos de esta mansion aborrecida
libre seguir tu polvorosa huella
mi afanoso llorar vertiendo en ella!
Do quiera que te escondas,
si la tierra en su centro,
si el mar no te sepulta entre sus ondas,
mi amor, mi tierno amor te encontraría.
¡Cuál enjugara mi ardoroso labio
de tu frente el sudor! ¡Cuál en mi seno
una vez, y otra, y mil te estrecharía! —
¡Sueño! ¡Ilusion! Los Dioses me abandonan. —
¡Oh tú, invengada sombra venerable
de un esposo que adoro
mas allá de la tumba inexorable!,
á tu sepulcro guía
mi vacilante pie. Tú mas benigno,

como un tiempo mis plácidos amores,
malogrado señor del alma mia,
tu acogerás mi llanto y mis clamores.

## ESCENA III.

—

*Polifonte, Adrasto.*

POLIFONTE.

¿La ves? De su consorte en el sepulcro
torna á exhalar inútiles lamentos
y á maldecir de mí.—¿Qué bien te guarda
la mansion pavorosa de la muerte?
¿Qué consuelo esas áridas cenizas
y ese marmol inerte
darán á tu viudez y á tu miseria,
inflexible muger? ¡Oh! Ya me cansa
tu perenne dolor,... tu sempiterno
afecto conyugal.—¿Qué digo? Nunca
tan indeleble fue, tan obstinado
de una esposa el amor. Otro mas tierno,
mas tenaz, mas profundo
reina en tu corazon: amor materno.

ADRASTO.

Y ¡qué! ¿de una cautiva
te inquieta la afliccion? ¿Oirá su llanto
ese hijo en quien cifra su ventura
desde el pagizo albergue donde gime?
¿Qué digo? Acaso muerte prematura...

POLIFONTE.

No, Adrasto. Vive el hijo de Cresfonte,
y á mi furor el cielo,
ya tal vez de mis crímenes cansado,

ADRASTO.

Señor...

POLIFONTE.

Ya basta.
Aléjate de aqui. Mérope viene.

## ESCENA IV.

—

*Mérope, Polifonte.*

POLIFONTE.

Deten, oh Reina, el pie. ¿Cuándo á tu vista
objeto no seré de horror y espanto?
¿Cuándo término habrá tu acerbo llanto?

MEROPE.

¡Y á tí cuya crueldad abrió en mi pecho
la fuente del dolor inagotable,
á tí serenos se alzarán mis ojos!
¡Tú esperas otro acento de mi labio
que vituperio y maldicion no sea!
Tú, cuya impunidad afrenta al cielo,
osarás á la viuda de Cresfonte
mentir clemencia, prometer consuelo!

POLIFONTE.

¡Mentir clemencia yo, que encadenarte
como cautiva mísera podría!
¡Yo, vencedor de tu infeliz consorte!
¡Yo, tu señor, tu Rey! ¿Quién mas piadoso
despues de la victoria,
mas magnánimo fue? ¿No te veneran
mis guerreros, los grandes de mi corte;

tu nombre no ensalzar, delito sea.
Sí; que no solo el gritador blasfemo
te injuria: hasta el silencio es desacato,
ultrage es ya de tu poder supremo.

POLIFONTE.

¿Y á quién, si yo me guio
por la ciega crueldad que me aconsejas,
á quién entonces llamaré vasallo?
¿Qué trono será el mio,
oh Adrasto, sobre cárceles y escombros,
y acusadoras tumbas elevado?
¡Qué! ¿Solo en el laurel de la victoria
cifraré mi ambicion? Gozar tranquilo
de mi valor el fruto y de mi gloria
séame dado, y que á la Grecia, al mundo
execrable no sea mi memoria.
Yo condenara con cruento golpe
de esa infeliz el imprudente labio
á silencio eternal, si solo oyera
el grito de la ira que me inflama;
mas este nuevo escándalo quisiera
escusar á Mesene, y á mi fama
este nuevo baldon. Basta de sangre.
De hoy mas, al artificio
quiero apelar, al ruego, á la lisonja
para aplacar su cólera terrible;
y aun mayor, mas penoso sacrificio
quiero imponerme. La real corona
en su humillada frente
podrá brillar de nuevo, si mi mano
en el altar acepta de himeneo.
La paz, la paz deseo,
no la ruina y el odio de Mesene.—
Quiero reinar en fin.

no en vano le ocultó. Yo de su madre
leo en el alma. En medio á su amargura
un rayo de esperanza y de consuelo
veo brillar en su altanera frente.
Sí; la esperanza anima su existencia.
Mal sin ella el odioso cautiverio,
mal pudiera sufrir la luz del dia.
Por ella el pueblo á mi adquirido imperio
osa llamar horrenda tiranía.
¿Cómo sin la esperanza
que de Mérope alienta á los parciales,
cómo á despecho de la saña mia
su número creciera y su osadía?
¿Quién sino la esperanza que alimenta
dá brío al sedicioso cuando lanza
de mi palacio mismo en los umbrales
gritos de libertad y de venganza?

ADRASTO.

¿Qué podrá contra un héroe victorioso
el nocturno alarido
de la cobarde plebe que seduce
conspirador oculto,
y á inevitable estrago la conduce?
¿Cuándo no has visto el popular tumulto
al brillar de tus armas formidables
como el humo fugaz desvanecido?
¿Dudas de tu poder? ¿Temes acaso
á un pueblo en la opresion envejecido?
Caiga á tus pies exangüe
esa muger funesta, y á la tumba
su invencible rencor lleve consigo.
Perezca el insensato
que el cuello esquive al merecido yugo.
Ser á la plebe grato,
murmurar de tu imperio indestructible;

no te obedecen cual á mí? ¿Qué falta
á tu esplendor antiguo? ¿Cuál te niego
de los dones que próspera fortuna
concede á los mortales,
si no es la libertad? Y si á tu ruego
no la otorgo tambien, razon de estado
á mi pesar lo ordena. No me culpes;
culpa á tu orgullo insano
y á la sed de venganza que te ahoga;
culpa...

MEROPE.

Digno lenguage de un tirano.
¿Cuál si mercedes fueran
habré de agradecerte los ultrages
que aun no me haces sufrir? ¿Es por ventura
de la piedad el dulce sentimiento
quien desarma tu brazo,
ó el hondo punzador remordimiento?

POLIFONTE.

Sea cual fuere, oh Mérope, el origen
de la indulgencia mia,
depon tu esquivo ceño, y considera
cuánto mayor sería tu infortunio
si sordo á la piedad mi pecho fuera.

MEROPE.

Y en buen hora lo sea. ¿Por qué tarda
en extinguir mi aliento
benéfica segur? La negra tumba
solo á traidores como tú acobarda.

POLIFONTE.

Perdono esos inútiles dicterios
á tu justo dolor. Tu muerte, oh Reina,

mengua sería de mi fuerte brazo
enseñado á vencer en árduas lides;
y bien sin ella victorioso ciño
la corona en mi sien del grande Alcides.

MEROPE.

¡Ah! No es dado al que gime entre cadenas
alzar contra el poder osada frente:
lo sé; y á tí que en mis amargas penas
te gozas inhumano
un tósigo, un puñal pidiera en vano.
No mas á mi destino
quiero ya resistir. No ya amenazas
proferiré, ni quejas, ni baldones.
Si á lástima te mueve mi desdicha
débate yo..., no el trono
para mí tan fatal, ni los placeres,
ni el oro corruptor que no ambiciono;
débate yo la libertad, y lejos
de este palacio do reinaba un dia
acabaré mi vida miserable,
en grata soledad, y no la tuya
funestará mi llanto dolorido.
Un desierto, una choza,
y la urna tan cara á mis afanes
que las cenizas fúnebres encierra
de mi Cresfonte y de mi prole amada;
hé aqui, señor, hé aqui cuanto en la tierra
anhela esta muger desventurada.

POLIFONTE.

Vil fuera Polifonte
si á tan amarga súplica accediera.
Mayor que tus deseos
será mi compasion. No peregrina,
sin amigos, sin súbditos, sin lares

Grecia te vea, cuando yo piadoso
término quiero dar á tus pesares.
No tú, prole de Reyes,
nò tú, nacida á hermosear un trono
sucumbas al dolor y á la indigencia.
Yo la diadema que ganó mi acero,
yo el laurel de mi frente no marchito
contigo partiré, si á tu ojeriza
no es ya tambien delito
mi regia proteccion, y si una gracia
me es lícito esperar de quien humilde
quizá implorar la mia
en su estado infelice debería.

MEROPE.

¡Gracia tú de una esclava!
Tú, Polifonte! ¿Acaso se ha cambiado
en plácida y benigna
tu índole feroz? ¿O hasta el estremo
de insultar á tu víctima indefensa
quieres llevar la audacia?
¡Qué!... ¿sin escarnecer mi justo llanto
tu crueldad inaudita no se sacia?

POLIFONTE.

Mas noble es mi designio.
Tu apoyo quiero ser; no tu tirano.
No los hierros de triste servidumbre
mas odiosa que el rostro de la muerte
quiero verte arrastrar envilecida.
Con vínculos mas dulces, mas sagrados
quiero á la mia encadenar tu suerte.
Los lazos de himeneo...

MEROPE.

¿Qué pronuncias...

¡Oh qué horror! ¡Tus sacrílegos acentos
han sonado en mi oido y de vergüenza,
de indignacion no muero!
¡Yo á tí, yo á tí mi mano!
¡Unirme yo perjura en los altares
al execrable autor de mi infortunio;
al que robó á mis labios para siempre
la risa del placer; al inhumano
verdugo infame de la sangre mia!
¿Tu iniquidad es tanta
que aqui, á la vista de la sacra tumba
del Rey que degolló tu diestra impía...
¡Oh cielos! ¿Cómo el mármol no retumba?
¿Cómo la airada sombra
de mi esposo infeliz no se levanta,
y tu labio nefando
no sella con la mano de la muerte,
y no te lleva al Tártaro arrastrando?
Ven; acude á mi voz, sombra querida;
ven, y hiela de horror á tu asesino.
Muestra á sus ojos tu profunda herida.
¡Ay! Muéstrale la sangre de tus hijos
por sus crudos satélites vertida.

POLIFONTE.

¡Desventurada! ¿A la insensible losa
podrá animar tu grito?
Cesa una vez de merecer mi enojo:
por piedad de tí misma te lo ruego.
No injusta me atribuyas un delito
que nunca imaginé. ¿Quién el arrojo
de hueste victoriosa
pudiera contener? ¡Aciaga noche!
Aun fueras tú quizá madre y esposa,
si aquella multitud desordenada
sorda no hubiera sido á mi clemencia;

mas cuando vió la espada
de tu consorte audaz romper mi pecho
no hubo freno á su saña vengativa.
Cayó Cresfonte, y hasta el sacro lecho
de la inerme inocencia ensangrentado...
¡Pluguiera al cielo tan horrible escena
borrar de mi memoria,
ya que quiso con ella á mi despecho
nublar el esplendor de mi victoria!

MEROPE.

¿No bastaba cruel tu alevosía
para hacerte á mis ojos execrable,
sin apelar ahora
á la torpe, á la vil hipocresía?
Podrá tal vez tu lengua engañadora
fascinar á la plebe degradada;
no á mí que ya las artes
conozco de la inicua tiranía,
y tu malvado corazon penetro.
Y porque tú el honor y la conciencia
á la ambicion de un cetro
sacrificar osaste, ¿yo, mil veces
mas infame que tú si te imitase,
yo, esposa criminal, yo madre impía,
de tu mano feroz lo aceptaría?
¡Yo de ese negro corazon la oferta
impudente acoger! ¡Oh! Si mi aliento
no me mostrara de la tumba yerta
la senda siempre libre al desgraciado,
¿no la vería á mi pesar abierta
al pie del sacro altar contaminado?

POLIFONTE.

¡Oh cuánto desvaría
vagando entre sepulcros y fantasmas

tu ilusa fantasía!
¿Consagro yo á tus plantas por ventura
de un tierno corazon la humilde ofrenda?
¿Acaso á tu hermosura,
cuyo brillo tal vez no ha marchitado
la huella del dolor, con muelle acento
las lisonjas de amor he prodigado?
Hábil mi diestra á manejar la lanza
pulsar no sabe voluptuosa lira.
No á mi soberbio corazon alcanza
el dardo del amor, ni el blando mirto
que á deleites efímeros convida
sentara bien en mi rugosa frente
bajo el casco marcial encanecida.
Tu bien, solo tu bien dicta á mi labio
la oferta generosa
que tú apellidas inaudito agravio.
Bien sé que el brillo para tí del solio
perdió sus atractivos;
mas si no en vano, oh Mérope, blasonas
de cariñosa madre,
¿algun objeto para tí mas caro
que vida y libertad no debería
obligarte á aceptar mi regio amparo?

MEROPE.

¡Ah! No. ¿Cuál de las prendas
que amó mi corazon á tus furores
inmolada no fue? Tristes recuerdos,
cenizas solo....

POLIFONTE.

Un hijo idolatrado
te resta, sí; y en vano á Polifonte
lo pretendes negar. Si tanto indicio
no bastara á probarme su existencia,

harto lo revelara esa zozobra
que á tu semblante reprimir no es dado.

MEROPE.

¿No basta de un tirano la presencia
para inmutar mi rostro? ¡Hijos del alma!
¿Qué ausilio os pudo dar contra las iras
del iracundo tigre
una débil muger? ¡Ay! Si mis manos
no hubieran aherrojado los verdugos,
escudo hubiera sido impenetrable
este pecho á sus golpes inhumanos.

POLIFONTE.

¡No se salvó uno solo,... y tú respiras!
A una madre no dió naturaleza
tanta resignacion. Si amantes lazos
no te ligaran, Mérope, á la vida,
no doblaras la frente al infortunio.—
Oyeme sin soberbia
por la postrera vez. El bien de entrambos
reclama nuestra union. Asi apagada
la horrible tea de civil discordia
verá Mesenia, y la sangrienta espada
será en mi mano bienhechora oliva.
Tú de tu Rey compartirás el lauro,
y los pesares yo de mi cautiva.
No la adorada imagen
del esposo que lloras
quiero arrancar de tu amoroso pecho,
ni arrostrar tus desvíos
aborrecido huesped de su lecho.
Servir de apoyo á tu viudez doliente;
dar ún padre á tu hijo;...
Mérope, no reclamo otro derecho.
El á mi lado crecerá dichoso

como heráclida ilustre respetado.
Tal vez algun destello de mi gloria,
de su abuelo famoso
unido á la perínclita memoria,
le muestre luminoso
de la inmortalidad el ardua senda;
y antes que yo descienda
á los reinos del Erebo profundo,
en el escelso trono soberano,
galardon de mi sangre,
le afirmará benéfica mi mano.

MEROPE.

¡Tu mano aleve que á su padre mismo....
¡Ah! Cesa ¿Por qué quieres mi tormento
sin fruto redoblar? ¿Es por ventura
á tus oidos plácido el acento
de horrenda maldicion? Si un hijo mio
por dicha respirara,
no de tus manos, opresor aleve,
el cetro de sus padres mendigara.
¡Ignominioso don! Antes tu acero
el sepulcro paterno le abriría
que tu alumno llamarse y tu heredero.
Otra mas digna herencia
diera yo á su denuedo; otra esperanza
menos falaz: tu muerte y mi venganza.

POLIFONTE.

Tú llorarás la mia,
pues me quieres cruel y sanguinario.
Tú llorarás con lágrimas de sangre
ese impotente orgullo temerario.
¡Ay, que el acerbo cáliz
aun no agotaste del dolor materno!
¡Dichosa tú si de tu raza entera

aquella noche eterna á tu memoria
llorado hubieras el mortal destrozo!
¡Ay, qué en atroz suplicio
ha de tornarse tu soñado gozo!
Cuando á tus ojos la segur derrame
la sangre de aquel hijo que aborreces,
pues á salvarle sin piedad te niegas:
Cuando en sus ansias últimas te llame,
y encadenado el pie correr llorosa
no puedas á sus brazos moribundos,
ni grabar dolorida
en su cárdena boca
el ósculo de eterna despedida:
Cuando su tronco exánime, insepulto,
escarmiente á rebeldes y soberbios,
entonces en tus labios el insulto
legítimo será; tirano entonces
tu justa indignacion podrá llamarme.
¿Tan debil es mi regio poderío
que al hijo de Cresfonte no descubra?
No sujetos en vano á mi albedrío
celosos emisarios le persiguen.
¡Ay mísera de tí si se confirma
mi fundada esperanza!
Quizá en este momento
ya han penetrado en su postrer asilo:
quizá en su cuello el acerado filo
del hacha matadora
hoy mismo se hundirá. Tal vez ahora
aquellos brazos do estrecharte ansiabas
despues de tantos años de amarguras
en vano retorcidos forcejean
por romper las infames ligaduras.
Oir ya creo sus dolientes ayes,
sus súplicas humildes. Ya resuena,
bárbara madre, el horroroso grito

que ha de lanzar muriendo ;
aquel grito fatídico , tremendo ,
tu eterno acusador....

MEROPE.

¡Cruel! ¿Qué gloria
á tu nombre esa víctima daría?
Tú reinas , y la cólera del Cielo
no provoca tu injusta tiranía.
¿Qué falta á tu ambicion? ¿La horrenda carga
de tanto y tanto crimen no te abruma ?
¿No es mi existencia ya bastante amarga
sin que me robes el postrer consuelo....
¿Qué digo , miserable!
No le hay ya para mí; no le hay.... Perdona.
Me enagena el dolor. ¡Ay! A la Parca
no plugo reservarme en mi infortunio
uno tan solo de mis tiernos hijos.
Todos á par del ínclito Monarca
caro autor de su efímera existencia
inmolados por tí.... por tus secuaces,
al pie del casto lecho fenecieron...;
al menos para mí. Si uno respira,
si tanta fue del cielo la clemencia,
su vida es un arcano
para su triste madre. — ¿Y qué temores
te pudiera infundir el infelice?
¿Quién le diría que en dorada cuna
nació , prole de Alcides? ¿Quién pudiera
de sus hermanos , de su egregio padre
revelarle la mísera fortuna?
Yo misma , te lo juro , no osaría
el negro velo de mi aciaga historia
á sus ojos alzar. Yo templaría
su belicoso ardor si de la sangre
el imperioso grito le arrastrara

al áspero sendero de la gloria.
Yo á vivir sin desvelo, sin afanes
en grata oscuridad le enseñaría.
No vería á la viuda de Cresfonte
en su llorosa y abatida madre;
no en mi marchita frente
la antigua magestad; vería solo
la amargura, el terror.... ¡Ah! Sí; me aterra
tu torva vista, tu reir sangriento.
¿Qué mas quieres? ¡Ya has visto, oh Polifonte,
á Mérope temblar! ¿Será forzoso
implorar tu piedad arrodillada?
Lo haré.... lo haré tambien.... A tí que un dia
besar ansiaste el polvo de mi huella,
suplicante.... postrada.... (1)
¡Jamas! ¡Jamas!

POLIFONTE.

Desventurada madre,
mas tu dolor me aflige
que tu altivez me enoja. No es la mía
tan fiera que tu frente coronada
hacer pretenda de mis pies trofeo.
Tu ventura deseo,
tu mengua no. De mi bondad te fia....
¿Quién se acerca?... Es Adrasto.

## ESCENA V.

---

*Mérope, Polifonte, Adrasto.*

POLIFONTE.

Un solo instante
permíteme... ¿Qué nueva á mí te guía?

---

(1) Se apoya en una columna.

ADRASTO.

Un joven estrangero....

MEROPE.

(¡Un estrangero....)

ADRASTO (1).

Acusado de bárbaro homicidio....

POLIFONTE.

¿Su edad?

ADRASTO.

Apenas llega al cuarto lustro.

POLIFONTE.

¿Su rostro?

ADRASTO.

Afable.

POLIFONTE.

¿Su mirar?

ADRASTO.

Modesto.

POLIFONTE.

¿Su cuna?

ADRASTO.

Oscura, si el vestido humilde
no encubre por ventura....

POLIFONTE.

Venga presto.

---

(1) Bajando la voz.

ADRASTO.

Ya señor á tus pies lo conducia,
mas....

MEROPE.

(¿Quién será...)

ADRASTO.

La Reina... Aquí...

POLIFONTE.

¿Qué aguardas?
Sea un estraño ó mi enemigo sea,
no temo, antes anhelo que le vea.
Sus miradas tal vez, su sobresalto
revelarán... ¿La ves? Turbada, ansiosa
no bien te oyó decir: "un estrangero"...
Vuela.

## ESCENA VI.

---

*Mérope, Polifonte.*

POLIFONTE.

Mostrarte quiero
que mi diadema dividir contigo
no he prometido en vano. Ante nosotros
va á parecer, oh reina, un delincuente.
Si hallar merece en tu piedad abrigo
la mia alcanzará: si inexorable
debe caer sobre su rea frente
la espada de la ley... ¿Tiemblas?

MEROPE.

(¡Oh angustias!

Dioses, fortalecedme. ) La clemencia
es la virtud mas digna de un monarca.
Seducido tal vez....

POLIFONTE.

Ya llega.

MEROPE.

( ¡ Cielos !...
Ni á mirarle me atrevo. )

POLIFONTE.

Miserable,
acércate de un Rey á la presencia.

## ESCENA VII.

---

*Mérope, Polifonte, Egisto, Adrasto, Guardias.*

POLIFONTE.

Mírame rostro á rostro.

EGISTO.

Asi á los hombres
acostumbro á mirar. Libre he nacido.

MEROPE.

(¡Oh noble aspecto ! ¡ Oh voz que al alma llega !)

POLIFONTE.

Mal sienta esa arrogancia en un mancebo.

EGISTO.

Eres monarca y respetarte debo,
pero adularte no.

POLIFONTE.

Ligero bozo
apenas borda tu atrevido labio,
¡y homicida eres ya! Precoz talento
para el crimen te dió naturaleza.

EGISTO.

¡Ah! No soy criminal, bien que á tus ojos
lo debo parecer. El hado adverso
me conduce, señor, á tanta mengua.

MEROPE.

No, no revela un corazon perverso
su rostro....

EGISTO.

Ni mi rostro, ni mi lengua
han mentido jamás. Soy inocente.

POLIFONTE.

¿Quién es el insensato
que á sí mismo se culpa y se condena?
Reo de abominable asesinato
pareces á mi vista. Habla: desmiente,
confunde á quien te acusa.
Pruebas y no clamores necesito.
¿Dónde la prueba está de tu inocencia?

EGISTO.

¿Dónde la prueba está de mi delito?

MEROPE.

(¡Dioses, velad por él!)

POLIFONTE.

¿Dónde, y te veo
en sangre de tu víctima manchado!

ADRASTO.

¡Qué! ¿Negarás ahora
lo que tu propia lengua ha revelado?

EGISTO.

No. Lejos de la corte corruptora
sin ambicion criado,
el arte de engañar mi lengua ignora.

MEROPE.

(Corazon no me engañes.) Tu desgracia
escita mi piedad. ¡Fuérame dado
ser árbitro supremo de tu suerte....

POLIFONTE.

Sea veraz su labio, y yo beningno
podré tal vez....

EGISTO.

A un hombre he dado muerte.
Si tu ley al suplicio me condena,
á sufrir sus rigores me resigno;
mas de otra ley al imperioso acento
mal mi grado cedí: la que á los hombres
su propia vida defender ordena
contra injusta agresion. — Fatal deseo
de saludar los muros de Mesene,
que impaciente á lo lejos descubria,
orilla del Pamiso
por senda angosta y áspera me guía
que abrevia la distancia
á mis pies fatigados. De improviso
veo un hombre que rápido corría
en direccion opuesta. Atrás te vuelve,
grita en son altanero,

atrás, ó mi furor.... Yo su arrogancia
con desprecio escuché; que el miedo infame
no conocí jamás. Alli el sendero
tanto se estrecha que á la planta apenas
de un hombre da lugar. De un lado el rio;
del otro ruda peña inaccesible....
Volver la espalda el uno era forzoso
ó perecer los dos. Ven, temerario;
cara te ha de costar tanta osadía,
clama retrocediendo mi contrario.
Yo sereno avanzaba;
que inerme le creía, y cuerpo á cuerpo
triunfar de su soberbia no dudaba.
Llega en fin á terreno mas seguro;
párase; á mí revuelve el rostro fiero
y se apresta á luchar. Yo á la defensa
me apercibo, y la tierra mal su grado
le hacía ya morder, cuando en el hombro
siento la punta de alevoso acero. —
Vana la rabia fue de mi adversario;
que convulso su brazo flaqueaba. —
Despréndome ligero;
enorme pedernal arma mi diestra;
huye, ó mueres, le grito; ¿en qué te agravio?;
huye, traidor; mas él, vertiendo espuma
del insolente labio,
su asesino puñal de nuevo intenta
hundir en mis entrañas;
contra su frente adusta
el pedernal intrépido fulmino...
No sé si adverso ó próspero destino
mi mano dirigió. La verde grama
tiñe en sangre, ¡ay dolor!, vacila, cáe
rodando el infeliz por la ribera,
y en vano en su agonía postrimera
se esfuerza á asir un césped, una rama.

Yo, de mi espanto recobrado apenas,
á su socorro vuelo... ¡Tarde! El rio
sepultado le habia en sus arenas.
Compadecido de su infausta suerte
lloré, señor. A sus dolientes manes
tan solo de mis lágrimas la ofrenda
podia consagrar. Lloré mi triunfo,
y recobré la abandonada senda.
Cuando al puente llegaba
tus soldados me prenden: no resisto.
Me ven manchado de reciente sangre;
pregúntanme la causa: no la niego.
Ni la injuria, ni el ruego
en mi labio han oido. A tu presencia
me conducen cual ves. Nada he callado.
Eres mi juez: pronuncia mi sentencia.

POLIFONTE.

Ese lenguage, confesarlo debo,
por la verdad sencilla y la inocencia
inspirado parece; mas quien supo
teñir en sangre su atrevida mano
mejor sabrá mentir.

MEROPE.

No; que la calma
y el color no marchito de su rostro
la pureza atestiguan de su alma.

POLIFONTE.

Mérope, plegue al Cielo no te engañe
piadoso el corazon.

EGISTO.

¿Mérope has dicho?
¡Oh! Déjame que bese

humillado sus pies.

ADRASTO (1).

¡Señor...

MEROPE.

Levanta.
Darte no puedo yo, triste mancebo,
otro consuelo en desventura tanta
que estéril compasion.

EGISTO.

La Grecia entera
llora tus infurtunios
y tu nombre venera.
¡Oh cúantas veces en mi pobre choza
ensálzado sonó!

MEROPE.

¿Donde....

POLIFONTE.

¿Tu patria?

EGISTO.

Olimpia.

MEROPE.

¿Olimpia? ¿Y quién... (¡Dioses!)

POLIFONTE (2).

¡Adrasto! —
¿Qué te importa de un mísero...

MEROPE.

Perdona.

---

(1) Aparte á Polifonte.
(2) Aparte á Adrastro.

Mísera soy tambien. De mi amargura
él se duele... ¿Qué mucho si benigna...

POLIFONTE.

Mas tu impaciencia...

MEROPE.

No. Muéveme solo...
mera curiosidad... (¡Cielos! Si fuera...)
¿En Olimpia naciste? ¿O por ventura...

EGISTO.

En Olimpia nací, de humildes padres;
humildes, mas no esclavos.

MEROPE.

(¡Ah!) ¿Tu nombre?

EGISTO.

Ismeno.

MEROPE.

(¡No es el hijo de mi vida!
¡Vana ilusion!)

POLIFONTE.

Y á abandonar tus lares
¿qué causa te incitó?

EGISTO.

Cruel herida
vuelves á abrir en mi angustiado pecho.—
Mal hallado en albergue tan estrecho,
y ansiando ver de Grecia
las famosas ciudades... ¡Nunca, nunca

te hubiera ¡ oh padre mio ! abandonado.
Bajo el pagizo techo
do crecieron mis años inocentes
venturoso era yo, libre, olvidado.
Hoy en estraño suelo,
de abominable crimen acusado...
¡Ingrato, ingrato Ismeno, bien mereces
la cólera del Cielo !

MEROPE.

(Tambien el hijo mio
errante...) Incauto joven,
grave tu culpa fue. ¿Cómo pudiste
abandonar á un padre? Acaso al triste
no le queda otro hijo...

EGISTO.

No. ¡Ninguno!

MEROPE.

¡Qué! ¿Solo tú...

POLIFONTE (1).

¡Qué agitacion! Advierte...

EGISTO.

¡Ay de mí, que inhumano
con mi culpable fuga
apresuro la muerte
del desdichado anciano!

POLIFONTE.

Mérope, el llanto enjuga.
¿A qué apiadarte tanto de su suerte?
Cual si fueras su madre...

(1) Aparte á Adrasto.

MEROPE.

¡Yo!... ¡Su madre...
Señor,... es estrangero y desvalido,
y en la flor de su edad... Pobre y anciano,
cuánto es digno de lástima tu padre!...
Dudo si le has nombrado. No recuerdo...

EGISTO.

Cleon.

MEROPE.

(¡Triste de mí!) ¿Su patria?

EGISTO.

En Argos
vió la primera luz.

MEROPE.

(¡No hay ya esperanza!)

POLIFONTE (1).

Su impaciencia en despecho se convierte.
¿No observas de su rostro la mudanza?—
Y el hombre á quien las puertas de la muerte
acabas tú de abrir ¿era mesenio?

EGISTO.

En su habla y su vestido
mas bien, señor, mostraba
no lejos de mi patria haber nacido.

MEROPE.

(¡Qué oigo!)

(1) Aparte á Adrasto.

POLIFONTE.

¿De noble sangre?

EGISTO.

No quisiera
á su sombra ultrajar; mas de alta cuna
indicios no me dió su cobardía,
y á juzgarle, señor, por la apariencia
no le halagaba próspera fortuna.

POLIFONTE.

(Estrangero tambien...) ¿Su edad?

EGISTO.

La mía.

MEROPE.

(¡Cielos!)

POLIFONTE.

Guardias, llevadle.

MEROPE.

¡No! Detente...

POLIFONTE.

Le alejo por tu bien. Atribulada,
congojosa te veo. En vano el lloro
quieres ya reprimir. Quizá á tu mente
la lamentable historia
de ese mancebo mísero renueva
de tus crudos pesares la memoria.

MEROPE.

Y ¡qué! ¿no es justa mi afliccion...

POLIFONTE.

¿Y acaso

mi corazon, señora, la reprueba?
¿Mas por ventura acrecentarla debe
un estrangero ignoble,
un temerario cuya mano aleve
de sangre ves teñida...
generosa tal vez... Ea, apartadle.

EGISTO.

Por los Dioses te juro...

POLIFONTE (1).

A tí lo fio.
Nadie le vea, ó perderás la vida.

MEROPE.

(¿Qué tormento, qué horror iguala al mio?

EGISTO.

El cielo premie tu piedad, señora.

MEROPE.

(¡Duda cruel!)

EGISTO.

El miserable Ismeno
mas que la suya tu desgracia llora.

## ESCENA VIII.

*Mérope, Polifonte, Adrasto.*

POLIFONTE.

Serena ya tu rostro;
que pues tan honda compasion te inspira

(1) A un guardia.

basta un acento solo de tu labio
á alcanzar su perdon.

MEROPE.

( ¿Sé yo si debo
interceder por él, ó su suplicio
desolada pedir?... ¡Ay! ¡Tanta angustia;
y sin morir aún! )

POLIFONTE.

Mérope...

MEROPE.

Aparta.
¡Tú consolarme á mí! ¡Piedad tu pecho
que funesta no sea!
¿Olvidas que por siempre nos juramos
implacable rencor? Dame, verdugo,
mi sangre; el hijo... ( ¡Ah! Yo me pierdo. Hu-
(yamos.)

## ESCENA IX.

—

*Polifonte, Adrasto.*

POLIFONTE.

Ya lo que fue recelo es evidencia.
¿No has visto su terror? ¡Con qué impaciencia
al joven estrangero interrogaban
su voz, sus ojos... Si el fatal arcano
no ha revelado ya, poder me sobra
para arrancarlo al alma que lo esconde.
Ya la esperanza mi furor recobra
que perdida juzgaba. Ese estrangero
instrumento tal vez involuntario
de mis designios fue.

ADRASTO.

¿Quién lo asegura?
Y en vez de su asesino ¿por ventura
no puede ser el hijo de Cresfonte?

POLIFONTE.

En buen hora, si el Cielo
por blanco me señala de mi furia
al uno de los dos. —Corre: tu celo
desvanezca las dudas que me agitan.
Vuela al lugar de la sangrienta escena.
Quizá nuevos indicios
aclaren la verdad. Pregunta, inquiere...
Recompensas, suplicios
decreta á tu placer. En tanto al reo
yo vuelvo á interrogar. Si el hijo fuere
de esa muger altiva,
¿quién le liberta? ¡Desdichado! Hoy muere.
Si fuere el matador de mi enemigo,
bien que dentro del alma
yo aplauda su osadía alborozado,
de mi justicia al Cielo haré testigo...
y al materno dolor será inmolado.



# ACTO II.

## ESCENA I.

*Mérope.*

¡Mísera! ¿A dónde voy? En esta horrenda
mansion de la perfidia ¿quién mis ayes
piadoso escuchará? ¿Dónde hay un alma
que la mia comprenda?
¡Cielos! ¿á quién hablar? ¿De quién valerme?
Do quiera que mis pasos encamino
encuentro solo infames delatores,
venales siervos, de feroz tirano
digno cortejo. ¡Oh tú de mis amores
último fruto! ¡Oh tú de mi existencia
lazo postrero! ¿En vano
salvo creciste del traidor impío
que abrevarse en tu sangre codiciaba?
Hijo adorado mio,
¿qué es de tí? ¿Quién descorre á mis afanes
el denso velo que tu suerte esconde?
¿Serás el que á las puertas de Mesene,
casi á mis ojos, exaló la vida
sin ver siquiera el rostro,
sin oir de su madre dolorida
la sollozante voz? ¿Serás acaso

tú que gimes en bárbara cadena,
cual asesino vil? Su edad,... su noble
varonil entereza,... aquel semblante,
aquella voz que aun suena
halagüeña á mi oido como un dia
la voz de mi Cresfonte... ¡Ah! Yo deliro.
Ni el nombre del anciano Polidoro,
ni el de mi caro Egisto ha pronunciado.—
Mas á mi amargo lloro
mezclaba el suyo y con dolor sincero
mi tenaz infortunio recordaba.
Lo que Narbas me dijo...
Tambien como ese Ismeno
mi desdichado hijo
por la Grecia vagaba... ¿Y no pudiera
el infeliz que exánime tragaron
las ondas del Pamiso...
Una patria, una edad, igual fortuna...
¿Qué haré, triste de mí? Fatal mi lengua
pudiera ser hablando,
y mas fatal acaso mi silencio.—
¿Hasta cuándo, oh deidades, hasta cuándo
se habrá de prolongar mi atroz martirio?
¡No; ya no! Quiero ver á ese estrangero,
hablarle quiero hasta apurar la copa
del desengaño acerbo. No es posible
tener un alma y soportar mas tiempo
el torcedor de incertidumbre horrible.

## ESCENA II.

—

*Mérope, Polifonte.*

POLIFONTE.

¿Adónde, oh Reina, tan veloz...

MEROPE.

(Mi aliento
á su vista desmaya.)

POLIFONTE.

¿Qué designio...

MEROPE.

(¿Qué le diré?..) Señor ,... yo... te buscaba..

POLIFONTE.

¿Será posible... ¡Qué! ¿Llegó el momento
de que en mí reconozcas,
no ya tu rey; tu protector, tu amigo?

MEROPE.

Pues tanto de clemencia me has hablado,
de tí una gracia merecer quisiera.

POLIFONTE.

¡Una gracia! ¿Cuál? Habla...

MEROPE.

(¡Y yo desciendo
á tanta humillacion! ¡Ah! Solo un hijo...)

POLIFONTE.

No es mi alma tan bárbara, tan fiera
cual te la pinta, oh Mérope, el encono.
Quien á tus pies ofrece
sus laures, su trono,
¿qué pudiera negarte?

MEROPE.

Ese estrangero...

POLIFONTE.

¡Cuánto por él te afanas!

MEROPE

Hoy, te lo juro, por la vez primera
le ven mis ojos.— ¿Mas por qué iracundo
cargarle de cadenas, si el cuitado
inocente tal vez...

POLIFONTE.

No ciega saña,
la justicia que debo al Cielo, al mundo
decretó su prision. ¿Por qué inocente
le juzgas tú... sin conocerle? Estraña
compasion es la tuya.

MEROPE.

De su pecho
penetrar no presumo los arcanos.
Acaso es criminal, bien que la calma
muestre de la virtud en su semblante;
mas si por dicha es pura su conciencia,
¿cómo justificar el infelice
desde horrorosa cárcel su inocencia?...
Mientras graves indicios no le acusen
pueda al menos, señor, por esos atrios
sin grillos respirar. Yo no te pido
que á los paternos lares libre, ileso
le consientas volver: la gracia solo
de prision menos lóbrega y estrecha
concédele... por mí. Libre del peso
de duros hierros, si inculpable ha sido
en su apoyo tal vez alguna prueba,
algun testigo le depare el Cielo,
y si tanta no fuere su ventura
deberá á tu piedad algun consuelo.

POLIFONTE.

Mérope, de tu pecho la zozobra

mal puedes ocultarme. Fluctuando
le veo entre el temor y la esperanza.

MEROPE.

¡Qué dices! No... Te juro...

POLIFONTE.

Sé sincera.
Sedienta de venganza
tú esperabas que un hijo á tus rencores
término diese con la muerte mia.

MEROPE.

¡Un hijo!... ¿Cuál...

POLIFONTE.

El que te mueve ahora,
oh Reina, á deponer tu orgullo insano:
Egisto.

MEROPE.

¡Qué! ¿Desde la tumba fria...

POLIFONTE.

¿Desde la tumba... Sí. Próvida muerte
el término abreviando á su miseria
tal vez le libertó de horrendo crímen,...
y de un ingrato á mí. — Tambien yo espero...
yo dudo como tú. Franco mi labio
ya no disfraza lo que el tuyo niega.
Mas brillará muy pronto
la luz de la verdad. Fiel mensagero,
tal vez en este instante
Adrasto... ¿Ves? Ya llega.

## ESCENA III.

---

*Mérope, Polifonte, Adrasto.*

POLIFONTE.

Acércate. ¿Qué dudas? Impaciente
ya te aguardaba Mérope. A su seno
restituye la paz. ¿Es inocente
el desgraciado Ismeno?
Habla. ¿Qué has descubierto? El cuerpo exan-
(güe...

ADRASTO.

¿Cómo robar sus lívidos despojos
á la veloz corriente del Pamiso?
Mas fijando mis ojos
en el atroz reguero de su sangre
que sin piedad vertió mano proterva,
prenda veraz descubro entre la yerba
que atestigua su noble nacimiento.

POLIFONTE.

¡Noble!

MEROPE.

¡Una prenda!... ¿Cuál...

ADRASTO.

Era un sangriento
puñal...

MEROPE.

¡Cielos!

ADRASTO.

Su cabo de oro puro
por artífice diestro cincelado...

MEROPE.

¡Ay Mérope infeliz! — Dame ese acero...

POLIFONTE.

(¡Oh placer!)

MEROPE.

¿Dónde está?

POLIFONTE.

Muéstrale.

ADRASTO.

Mira.

MEROPE (1).

¡A mí, bárbaro!—¡ (2) El es! ¡El es!... Yo (muero.

POLIFONTE.

(¿Qué puedo ya temer? Llegué á la cumbre
del poder, de la dicha.)

MEROPE.

¡Prueba fatal!¡Horrible certidumbre!
¡Y la buscaba yo tan afanosa!
¡Reíd, Dioses, reíd, pues ya colmada
mi desventura veis! Mengua sería
de mi cruel destino
cerrar mis ojos con eterno sueño,
sin hacerme apurar hasta las heces
el caliz del dolor. ¡Ay alma mia!
¡Consuelo mio! Egisto, ¡Egisto amado!

POLIFONTE.

¡Qué! Tu hijo... ¿Será cierto...

(1) Lo arrebata.
(2) Reconociéndolo.

MEROPE.

Sí, malvado.
¿A qué negarlo ya? Vivia Egisto;
el sucesor vivia de Cresfonte;
el que hubiera en tu pecho
clavado este puñal, si mano impía
no le hubiera ¡ay dolor! asesinado.
Sí; del paterno ensangrentado lecho
le arrancó Polidoro,
y cercano Cresfonte á la agonía
este acero le dió, sagrada prenda
con que pudiera un dia,
si de rostro mudaba la fortuna,
probar de Egisto la elevada cuna.
¿Qué falta ya, tirano aborrecido,
qué falta ya á tu triunfo?
¿Sientes acaso que tu mano misma
ante mis ojos ¡ay! no haya vertido
el miserable resto
de la sangre de Alcides gota á gota?
¿Sientes tal vez que el codicioso rio
te haya privado del placer funesto
de escarnecer el pálido cadáver?
¿Qué mas deseas ya? Mérope sola
sobrevive á tus víctimas. ¿Qué aguardas?
Rompe mi seno. Con mi sangre inútil
riega tambien el suelo.
He aqui un puñal. La cólera divina
no temas, no: tu cómplice es el Cielo.

POLIFONTE.

En vano intentâría consolarte,
Reina infeliz; mas... si me fuera dado...

MEROPE.

¡Muerto mi Egisto, y muerto

por un vil salteador!

POLIFONTE (1).

Tu vigilancia
redobla, Adrasto. Acaso... el pueblo... Parte.

## ESCENA IV.

—

*Mérope, Polifonte.*

MEROPE.

¡Triste de mí, que ni el cadáver yerto
puedo abrazar del hijo que adoraba,
ni en la sagrada urna
con las cenizas de su caro padre
y sus tiernos hermanos inocentes
las suyas encerrar! Dios sanguinario,
que tan horrenda iniquidad consientes,
¿será mayor tu gloria
gozándote en el duelo de una madre?

POLIFONTE.

Reina...

MEROPE.

Cesa, cruel. Respeta al menos
mi desesperacion, y tu victoria
canta lejos de mí. — Bandido aleve
que en flor aniquilaste mi esperanza,
matador de mi Egisto,
¿dónde estás? ¡Pueda al menos mi venganza
en tí saciar! Tu sangre aborrecida
vean correr mis ojos,

---

(1) Aparte á Adrasto.

¡y por este placer daré mi vida!

POLIFONTE.

¡Cómo el dolor te ciega! ¿Por ventura
no pudo ese infeliz á su despecho
dar la muerte á tu hijo? ¿No lo prueba
aquel semblante cándido... Tú misma
antes de oir la deplorable nueva
que te cubre de horror y de amargura
¿no abogabas por él? ¿Acaso Ismeno
sabía que su víctima naciera
desventurado fruto de tu seno?

MEROPE.

¿Y por ventura el crímen
no sabe con la márcara cubrirse
de la santa virtud? ¿Y tú, avezado
al dolo, á la impostura, á la falsía,
ingnoras tú, protervo,
las artes de la negra hipocresía?
Mas ¡ah! no es mucho, no, que á la defensa
te obligues tú de un pérfido asesino
quizá por tu furor asalariado.
Corre á darle la justa recompensa
de haber sido instrumento de tu saña;
corre: digna es de tí su noble hazaña.

POLIFONTE.

¿No ha de cesar tu lengua de ultrajarme?

MEROPE.

¡No! Sufre mis baldones
pues sobre tanta mengua y duelo tanto
sufro yo tu presencia.
Puede sembrar la muerte y el espanto
en la region por su poder ollada

un désposta feroz; puede la sangre
devorar de los pueblos que esclaviza;
puede al vencido en hondo calabozo
encadenar las manos,
mas no arrancarle mientras viva el gozo
de maldecir sin tregua á los tiranos.

POLIFONTE.

Breve el tuyo sería
si no fuera mas grande mi clemencia
que tu loca osadía.

MEROPE.

No es la clemencia, no... ¡siempre en tu boca,
nunca en tu corazon!... la que te mueve
á respetar mi fragil existencia.
Temes la justa ira de Mesene,
ya de tantos ultrages fatigada
y de tanta maldad. Fuerte caudillo,
si tanta es tu virtud, si tu denuedo
es tanto ¿por qué tiemblas
solo al ver en mis manos un cuchillo?
¿Por qué armados satélites te guardan
de una débil muger? El torpe miedo
es el primer suplicio de un tirano.
Inerme y solo al pueblo que le amaba,
no cual rey, como simple ciudadano
mostrábase do quiera mi Cresfonte.
Osa imitarle tú. — Mas á los héroes
¿cómo puede imitar un Polifonte?

POLIFONTE.

Domarlos pudo y en su escelso trono
sentarse vencedor. Ahora podría,
ahora quizá debiera
la osada voz ahogar en tu garganta;

¿mas habrán de irritarme los insultos
de afligida muger? Nuevas bondades
solo quiero oponer á injuria tanta.

MEROPE.

¿Nuevas bondades? ¡Ay! ¡En mi memoria
grabadas con eternos caracteres
tus bondades están! Harto lo sabes.
Y cuando yo de tí las deseara
¿qué bien sobre la tierra,
qué dicha hay para mí? ¿Puedes tú acaso
á mi seno volver la prenda cara
por quien solo viví?

POLIFONTE.

Puedo vengarte.
Y si yo este consuelo te negara
¿de quién, Reina infeliz, lo esperarías?—
No era mi siervo el malhadado joven
que preso gime; no. Si el crudo hierro
vendido hubiera al implacable enojo
que injusta me atribuyes,
¿á qué juzgarle en tu presencia misma?;
á que sumirle en tenebroso encierro
y no, mas bien, galardonar su arrojo?
¿Quién me forzaba á divulgar un crimen
de que el mundo tal vez me culparía?
Obra fue del acaso
y no de mi crueldad la desventura
que en lágrimas te baña;
mas mi poder no es tanto que á la muerte
robe su presa, aunque tu aciaga suerte
escita mi piedad... no merecida.
Cuanto ofrecerte puedo, si de Egisto
te demanda la sombra dolorida
la sangre de ese mísero...

MEROPE.

¡Ah! ¡Perezca
el bárbaro homicida!
Si aún vivo en tanto luto, si aún respiro
de mi ardor vengativo es el portento.
Concédeme, señor, que en su tormento
hasta que cuente su postrer suspiro
yo pueda recrearme embebecida
cual á mi dulce Egisto asesinando
el monstruo se gozaba. ¡Ay! ¡Cómo siento
que ofrezca á mi furor sola una vida!

POLIFONTE.

Bien que inocente acaso, pues lo quieres,
morirá: te lo juro.

MEROPE.

Muera, sí; mas á un brazo mercenario
no mi venganza fío.
Mas seguro, mas firme será el mio.
Oiga primero á mi iracunda boca
cubrir su nombre de baldon eterno
y consagrar sus manes
á las negras deidades del Averno.
Harto dulce el suplicio le sería
por la santa justicia consumado:
no: blanco muera de la saña mia.
No en vano mi fortuna,
sola una vez propicia, arma mi mano
de este fatal acero
para hundirle una vez y otras mil veces
en aquel corazon vil, inhumano. —
No temas: ya lo oculto. ¿Ves? Mi encono
todo para ese aleve lo reservo.
Dame, dame su sangre; y te perdono.

POLIFONTE.

Tu voluntad ¡ oh Mérope infelice !
es mi ley; mas sosiega
el ánimo turbado, y al culpable
muéstrate como Reina. Asi... ¿ Quién llega?

## ESCENA V.

—

*Mérope, Polifonte, Adrasto.*

ADRASTO.

Señor... Oyeme aparte.

POLIFONTE (1).

Habla.

ADRASTO.

Un anciano
en hábito estrangero hácia estos muros
por desusada via caminaba:
vé gente armada; retrocede... En vano.
Le prendo: su mirar turbado, inquieto...
su vago responder...

POLIFONTE.

A mi presencia
condúcele al instante.

---

(1) Retirándose á un estremo.

## ESCENA VI.

*Mérope, Polifonte.*

MEROPE.

¿Ya en secreto
de mi enemigo atroz la fuga ordenas?

POLIFONTE.

¡Qué sospecha! No, Mérope. (¡Si fuese
por dicha Polidoro...) Tus recelos
en breve cesarán. Serás vengada:
ya lo he jurado. Mitigar tus penas,
dar término á tu lloro
es mi primer anhelo; y mas que el mundo
cruel me llame.

## ESCENA VII.

*Mérope, Polifonte, Adrasto, Polidoro.*

MEROPE.

¡Oh Cielos! Ese anciano...

POLIDORO.

(¡Es ella!)

MEROPE.

¡Polidoro!

POLIDORO.

Yo...

POLIFONTE.

(No fue vana la sospecha mia.)

POLIDORO.

(¡Trance cruel!) Mi nombre
no es Polidoro, ni jamás...

MEROPE.

Inútil
es la ficcion. Mi negra desventura
irreparable es ya.

POLIDORO.

¿Qué escucho?... Tiemblo...
Me estremezco al oirte...

MEROPE.

¡Te estremeces!
¿Qué has hecho del depósito sagrado
que á tu lealtad fié; que tantas veces
mas que la propia vida
juraste conservar?

POLIDORO.

Señora...

MEROPE.

Impío,
¿qué es de mi Egisto? dí ¿Dónde está, dónde
mi alma, mi corazon, el hijo mio?

POLIDORO.

(¡Ah! ¿Qué diré?...)

MEROPE.

Responde.

POLIDORO.

En hora para mí desventurada

abandonó mí hogar. Yo sin descanso
cien pueblos en su busca he recorrido;...
pero sordo á mis súplicas el Cielo
me ha negado....

MEROPE.

¡Y tu labio fementido
sin temer de una madre los furores
osa al Cielo invocar! ¡Al Cielo airado
que ha de pedirte cuenta de mi sangre
vendida sin piedad á los traidores!

POLIDORO.

¡Ah! ¡Qué injusto baldon! Yo que le amaba
cual si su padre fuera...

MEROPE.

¡Mientes cruel! Le amabas;... ¡y un momento
te separaste de él! ¡Qué! ¿tan amarga
te era con él la vida? ¡Qué! ¿tus hombros
ya no podian tan pesada carga
mas tiempo sostener? ¡Tú como padre
le amabas; y á los riesgos, á los lazos
que atroz persecucion le preparaba
le dejaste correr solo, indefenso!
Infiel, ¿no imaginaste que si un dia
la hermosa joya de mi amor perdia
ni hombres, ni dioses mi dolor inmenso
podrian mitigar? ¡Ah! Nunca, nunca
los vigilantes ojos de una madre
burlado hubiera. De mis tiernos brazos
¿quién arrancarle osara
sin hacerme primero mil pedazos?

POLIDORO.

Velar por él, oh Reina,

fue tres lustros mi afan... No; fue mi gloria;
que en él idolatraba
de mi buen Rey Cresfonte la memoria,
y ufano de sus gracias y virtudes
mas de una vez, Señora,
su venturoso padre me soñaba.
Mas el ingrato,... ingrato, sí; bien puedo
llamarle así, que al fin mucho debia
á este viejo infeliz, mi pobre choza
de noche abandonó, mi choza humilde
asilo de su infancia,
amparo de su vida
que á mi lado creció cándida y pura,
y donde solo oyó, sábelo el cielo,
la voz de la indulgencia y la ternura.

MEROPE.

Mas fiel, mas vigilante
hubiera sido, y yo no te pidiera
pruebas de complacencia y de dulzura.
¿Piensas que tu dolor, sincero ó falso,
bastante sea á consolar el mio?
Yo por un hijo opresa, esclavizada
puedo vivir; yo en hórrido cadalso
hubiera dado á la segur mi cuello
por dilatar un dia su existencia;
¿y he de verte sin ira
solo tornar inícuo, á mi presencia?

POLIFONTE.

Si ultrajando al infausto Polidoro,
bien que siempre leal te haya servido,
das tregua, oh Reina, á tu materno lloro,
resignado lo sufro.
Ni tu piedad, ni tu justicia imploro.
Mas yo confio en la bondad del Cielo

que á tus brazos un dia restituya
esa prenda de amor...

MEROPE.

¡Ay! Sí; ¡la muerte
pronto nos unirá!

POLIDORO.

¡Que asi destruya
tu esperanza el temor! ¿Ha de ser tanta,
Mérope, la ojeriza de tu estrella,
que jamas... Ya tal vez arrepentido
torna á mi hogar la fugitiva huella.

MEROPE.

¡Ah! Cesa. Cada acento de tu labio
mas y mas acrecientan mis angustias,
mi desesperacion. ¿Aún no lo sabes?
Mi bien, mi Egisto ha muerto...

POLIDORO.

¡Dioses!

MEROPE.

Por mano infame asesinado.
¡Y sin saber el hijo de mis ojos
qué seno le ha nutrido! ¡Y yo le pierdo,
¡ay Dios!... y ni con sacra sepultura
me es dado honrar sus últimos despojos!

POLIDORO.

¡Miserable de mí!—¿Dónde...¿Qué prueba...

POLIFONTE.

¡Qué osado interrogar! ¡Y tú lo sufres!
No es digno de ese honor el importuno
que asi tus llagas, desleal, renueva.

POLIDORO.

¡Oh dolor! ¡Oh mi Egisto!

MEROPE.

¡Y aún le nombra
tu lengua temeraria!
Respeta al menos su doliente sombra.

POLIDORO.

Mi Egisto; si. Quince años
de alhagos y desvelos paternales
me dan este derecho.
¿Qué otro padre, señora, qué otro apoyo
bajo mi amante hospitalario techo
conoció el desdichado? ¡Ay! Yo esperaba
que cerrase mis párpados su mano;
y yo la bendigera en mi agonía;
y de la muerte el aterido lecho
horror no me causara
si la postrer mirada de mis ojos
en su apacible frente se fijara.

MEROPE.

¿Y qué mano de amor cuando yo espire
mis ojos cerrará? ¿Quién en el orbe
se acercará lloroso
á arrebatar mi postrimer aliento,
mi bendicion postrera? Hijos, esposo...
¡todo fue para mí!

POLIDORO.

Mayor tormento
es para mí, señora,
el oir tu clamor inconsolable
que mil veces morir. He aquí á tus plantas
la vida de este viejo miserable.

El solo bien te deberé que anhelo
si su cercano término adelantas.
Sí; criminal he sido.
La muerte de tu Egisto es culpa mia.
Véngala, oh Reina, en mí. Pues de su fuga
en el funesto dia
no espiré de dolor, sin duda el Cielo
reservaba á tu mano mi suplicio,
y á mí en tantos desastres el consuelo
de ofrecerte mi sangre en sacrificio.

MEROPE.

¡No mas! Alza del suelo.
Aléjate de mí, desventurado;
que al oirte mi espíritu flaquea;
y osado, inexorable
le he menester ahora.
Huye donde jamás, jamás te vea.
Ya no hay piedad. Mi corazon no llora,
ni otra pasion abriga
que venganza sangrienta. — Tu palabra
cúmpleme, Polifonte, y ya no temas
que irritada mi lengua te maldiga.
Pues de sagaz político te jactas
la situacion de entrambos considera.
Mesenia te aborrece; no lo ignoras
y ama á la viuda de su Rey. Mi vida
es tal vez el escudo de la tuya.
Aún puedo, bien que opresa y abatida,
serte fatal. Yo sola si sañudo
te llama el pueblo matador de Egisto
justificarte puedo. Oyeme y tiembla.
O ántes que el sol se esconda el hierro agudo
me venga de un perverso,
ó lo clavo en mi pecho, y de mi muerte
responderás tambien al universo.

## ESCENA VIII.

*Polifonte , Polidoro , Adrasto.*

POLIDORO.

Otra fuera tu suerte,
desventurada Reina, si en la cuna
ahogado hubiera muerto el depravado
déspota que en tus lágrimas se goza.
¡Y para ver ¡ay triste! la fortuna
al crimen sonreir, á tantas penas,
á tantos infortunios sobrevivo!
¿Por qué cuando en el campo de Micenas
codiciosos bandidos me asaltaron
víctima no espiré de sus puñales,
y hoy no vería... ¡Oh Dioses inmortales!
¡Aún reina Polifonte! ¿Y es posible
que indignados los hijos de Mesene
aún el cetro no arranquen de la impía,
de la mano sacrílega que osara
en la sangre bañarse de los Dioses!
¡Oh mengua! ¡Oh cobardía!
Pueblo que tantos crímenes consiente
bien merece oprobiosa tiranía.

POLIFONTE.

Sella el labio insolente.
Cede á tu suerte y á tu Rey. Contempla
que gemir en odiosa servidumbre
no es para un miserable
cual tú, sin nombre, sin vigor, sin fama
la desdicha mayor.

POLIDORO.

¿Y cual me espera

que á vivir bajo el yugo de un tirano
mil veces no prefiera?
¿La muerte? Yo la anhelo, y de tu mano
no en valde la provoco. Tú á mi ruego
mas propicio serás que esa infelice
madre angustiada; sí. Tú las entrañas
mejor sabrás romper de un indefenso;
que á tan viles hazañas
te avezó la perfidia, y no hay ventura,
no hay placer para tí mayor...

POLIFONTE.

Te engañas.
Tu vida es harto mísera y oscura
para que yo sañudo la aniquile.
Si del rencor de Mérope infructuoso
cómplice fuiste, y de su caro hijo
celoso valedor, tu esteril llanto
bien me venga de tí. Ni ver deseo
tu lánguida vejez en honda carcel
lentamente acabar. Quiero que seas
desolado testigo de mi dicha;
que llores noche y dia en esa tumba
do yace sin venganza el gran Cresfonte,
y que en su trono á tu pesar me veas.
Sí; vagar te concedo á tu albedrío
por este regio alcazar. En su centro
la triste imagen del terror, del luto
te hará do quiera maldecir la vida.
Ni esperes en tributo
á Cresfonte ofrecerla peleando;
que burlar no podrás la vigilancia
de mi guardia leal, y en daño mio
la saña exacerbar de iluso bando.
Aquí te aguarda el fruto
de esa fidelidad, de esa constancia

en que cifras tu gloria;
aquí donde, perdida la memoria
de tantos sacrificios,
la generosa viuda de Cresfonte
premiará con injurias tus servicios.
Aquí desesperada
te pedirá con lágrimas de sangre
el vástago postrero de su casto
lecho real, y tu suplicio horrendo
mi deleite será.—Sígueme, Adrasto.

## ESCENA IX.

---

*Polidoro.*

¡Mal haya la vejez que tanto ultrage
me fuerza á devorar. Déspota fiero,
si el peso de los años
despojado no hubiera al brazo mio
del antiguo vigor, yo te arrancara
el alma criminal aunque un acero
me negase la ira, ó mal tu grado
á cebarte en mi sangre te obligara.
¡Ay! Vano es mi furor, vano mi lloro.
¡No plugo á la crueldad de mi destino
matarme antes que mísero trofeo
fuese yo de tu bárbara victoria,
detestable asesino!
Mas poco ha de durarte
el gozo vil de deshonrar mis canas;
que de mis dias acercarse veo
el anelado fin. ¿Y quién podria,
á no tener tu corazon de hiena,
la vida soportar, amarga, horrible
á que tu insana furia me condena?—

Magnánimo Cresfonte,
ínclito Rey que honraste á Polidoro
con tu escelsa bondad, oye te ruego
desde la helada tumba que te encierra
para afrenta y desdicha de la tierra
que tan alta virtud no merecia,
oye los votos que á tu sombra envia
mi corazon leal. Séame dado
grabar en ese fúnebre recinto,
templo ya para mí, la huella leve
de mi trémulo pie. No tu reposo
interrumpan mis ayes doloridos,
oh Monarca glorioso.
Plegue al Cielo que muera sollozando
al pie de tu sagrado monumento,
y Polidoro morirá contento.



# ACTO III.

## ESCENA I.

*Egisto, Adrasto, Guardias.*

EGISTO.

¿Adónde maniatado me conduces,
ministro de un tirano? ¿Es ya llegada
la hora de mi muerte? No la temo;
que tranquila reposa mi conciencia.
No asi en la cumbre del poder supremo
puede hablar tu señor.

ADRASTO.

En tu lenguage
atrevido, blasfemo
facil es descubrir un asesino.

EGISTO.

Facil es en el tuyo
un alma descubrir cobarde y baja;
si; que á un hombre sin armas y sin manos
quien conoce el honor jamás ultraja.

ADRASTO.

Y tú ¿dónde el honor has adquirido?

¿Será acaso en la espléndida carrera
de aleve foragido?

EGISTO.

Cuando yo por desgracia
el nombre que me has dado mereciera,
no fuera tanta la vergüenza mia
cual si llamarme oyese inmundo siervo
vendido á la execrable tiranía.
¿Mas cómo donde reina Polifonte
á un asesino criminal se llama?
Si tal me reputais, este debiera
ser título de abono,
de gloria para mí; que, si la fama
no me ha engañado, á horrenda alevosía
debe tu dueño el usurpado trono.

ADRASTO.

Ese á quien apellida
tu osada lengua usurpador tirano
con ojos te miraba de clemencia,
bien que no la merezca un homicida;
que, sino de la cándida inocencia
que mal sabes fingir, de tu infelice
incauta juventud se lastimaba.
Ahora mismo en romper se gozaría
las viles ligaduras que te oprimen,
si ya empeñada como sacra prenda
su palabra real no lo estorbase.
Ya no es tu juez. El Cielo te defienda.

EGISTO.

¿Quién, pues, me ha de juzgar?

ADRASTO.

No es ya... un tirano.

Si de tí no se apiada
el nuevo juez de quien tu vida pende,
no será porque el rostro desconozca
del acerbo infortunio.
¿Temes que una muger desventurada
á inhumano suplicio te condene?

EGISTO.

¿Mérope... acaso...

ADRASTO.

Sí; Mérope misma.
¿Y á quién en el palacio de Mesene
tanto honor se otorgara sino á ella?

EGISTO.

¡Ah! Bendigo mi estrella.
Yo ví de aquellos ojos
tierno llanto brotar... ¡Oh padre mio!
A tus amantes brazos
en breve tornaré y al grato asilo...

ADRASTO.

Ismeno, ruega á Jove omnipotente
que en implacable ira
su compasivo llanto no convierta.

EGISTO.

No. Jamás contra un mísero inocente;
que ella solo aborrece á los verdugos.

ADRASTO (1).

¿Qué me quieres? (2)

---

(1) A un guardia que llega apresurado.
(2) Habla aparte con el soldado.

EGISTO.

¡Ah! Sí; mi dicha es cierta.
¡Oh cuán veloz á consolar á un padre
correré...

ADRASTO.

¡Temerarios!
Perecerán al filo de mi espada.—
(1) Mérope va á llegar. Aqui la espera.
No pretendas huir: sería en vano;
que cadenas y lanzas por do quiera
atajarán el vuelo á tu osadía.—
Guardias, seguidme. El que resista, muera.

## ESCENA II.

---

*Egisto.*

Ya la dulce esperanza
vuelve á mi corazon atribulado.—
Mas mi discurso á penetrar no alcanza
cómo el tirano en Mérope delega
su regia autoridad. Las misteriosas
palabras de ese Adrasto... su ironía...
Algun inicuo lazo
quizá me tienden... No. La vida mia
no es de tanto valor que el apagarla
cueste á la tiranía
desvelos y artificios.—
Ella se acerca. Númenes del Cielo,
mi inocencia sabeis. Sedme propicios.

---

(1) A Egisto.

## ESCENA III.

---

*Mérope, Egisto.*

MEROPE.

(Ahí está el asesino. ¿Quién creyera
al mirar ese rostro
la negrura de su alma?) Audaz mancebo,
¿sabes tú ya la suerte que te espera?

EGISTO.

Hanme dicho, señora,
que tú me has de juzgar, y al escucharlo
convertí en esperanza el desconsuelo
con que el rostro miraba de la muerte:
no por mí, no por mí, sábelo el Cielo;
por mi padre tan solo; que en el mundo
otro apoyo que el mio no le resta.—
Mas tu ensañada frente,... esa funesta
sonrisa amarga... y tu mirar siniestro,
claras señales de terrible enojo,
disipan la ilusion que me halagaba,
y de pavor me llenan.

MEROPE.

Antes que yo te acuse, ya los Dioses
te han juzgado, traidor, y te condenan.

EGISTO.

Perdona que me asombre ese lenguage,
oh Mérope, en tu labio
que mi causa no ha mucho defendia.
¿En qué puedes culparme?... ¡Ah! si los Dioses
mis súplicas oyeran,

pronto vieras el fin de tu amargura.

MEROPE.

¿Con mi vida tal vez? ¿Sientes, malvado,
no abrirme á mí tambien la sepultura?
¡Ah! no una vida, mil te hubiera dado
por una sola gota de la sangre
que tu mano cruel ha derramado.

EGISTO.

Yo tiemblo al escucharte, y no temblaba
en presencia del déspota sañudo.
¿Mas qué misterio encierran tus acentos
que á penetrar no alcanzo... ó qué delirio
perturba tus sentidos? Yo te juro...

MEROPE.

Cierra el labio sacrílego, y no intentes
acrecentar tu culpa y mi martirio.

EGISTO.

Jove inmortal, tú sabes si merezco
que me ultragen asi; tú que mi alma
desde el Olimpo ves. ¡Ah! Restituye
al corazon de Mérope la calma,
y á su razon la luz.

MEROPE.

¡Desventurado!
Por tí le ruega en el postrer momento,
si aun osas tus plegarias
alzar al irritado firmamento.

EGISTO.

Alzarlas puedo, sí; que mi conciencia
no es menos pura que del sol la lumbre.

MEROPE.

¡Oh crímen! ¡Oh insolencia!
¡Tú me hablas de conciencia, depravado!
¡Tú, cuyo orgullo bárbaro, inaudito
ni aun tolera que niegues tu delito!
¡Ah! Quizá con placer viste la sangre
del mísero brotar; quizá riendo
lanzar le viste el doloroso grito.

EGISTO.

Me amenazaba su puñal horrendo.
¿Debi yo por ventura sin defensa...

MEROPE.

¡Aun querrás á tu impío asesinato
dar nombre de virtud! ¡Qué! ¿No pudiste
sin darle muerte defender tu vida?
¿No hallaste un medio de templar su enojo...

EGISTO.

Con la paz le brindé; mas ¡ay! sin fruto;
y á no valerme el juvenil arrojo,
su diestra temeraria...

MEROPE.

¡Cruel! ¿Por qué no huiste?

EGISTO.

¿Huir?... Soy hombre.

MEROPE.

¡Hombre no, sino fiera sanguinaria.

EGISTO.

¿Y por qué lloras tanto
su merecida muerte? Era estrangero...

Yo le vi pobre, abyecto, fugitivo...
¿Qué deudo ó qué amistad incomprensible
te han podido ligar á un vandolero?

MEROPE.

¡Y le oyes sin tronar, Júpiter santo!
Despues de asesinado le baldona,
¡y aun enfrenas mi saña! (1) ¡Inicuo, muere!

EGISTO.

He aqui mi seno. Hiere.

MEROPE.

(Su andacia me desarma á mi despecho.
¡Quién me diera, inhumano Polifonte,
tu implacable crueldad!...) Tú, que la sombra
del que murió á tu mano
te atreves á insultar, ¿sabes, impío,
qué sangre por sus venas circulaba?
¿Sabes que el Cielo mismo... ¿Mas qué importa
que fuese á tu funesto desvarío
un hombre y nada mas? ¿No era forzoso
que lágrimas costara tu fiereza?
¿No puede un desgraciado
ser padre, ser amante, ser esposo?
¿No imaginaste que tu crudo golpe
el seno de una madre rasgaría?

EGISTO.

¡Ah! Sí... ¡Fatal memoria!... Reluchando
con la atroz agonía
en dolorido acento
clamaba: ¡madre mia! ¡madre mia!

(1) Saca el puñal.

MEROPE.

¿Y tú, malvado hipócrita, ¡oh tormento!
no tienes una madre? ¿Por ventura
las rocas insensibles te engendraron?

EGISTO.

¡Una madre!... ¡Ah señora!
Antes que yo pudiera cariñoso
su nombre repetir murió la mia.

MEROPE.

¿Ya qué puedo admirar? —¿Y cuál ahora
sería su quebranto si viviera
para llorarte muerto
de tu edad en la ufana primavera?
¡Oh muger venturosa!
¡tú el tósigo á lo menos no bebiste
que abrasa mis entrañas!

EGISTO.

¡Ah! ¿Qué escucho?
No sé qué nuevo horror...

MEROPE.

Yo mas que todas
madre infeliz... ¿Qué digo? ¡Ay de mí triste!
¿Madre? Lo fui.

EGISTO.

¡Qué! ¿Tú... ¿Posible fuera...

MEROPE.

Sí; yo soy esa madre sin consuelo:
yo la víctima soy de tu barbarie
aun mas que el hijo mio idolatrado.
Tú ¿quién me lo digera? mas funesto,

mas cruel para mí que Polifonte
el bien que me quedaba me robaste;
mi único hijo, mi última esperanza.
Di ahora que sin causa te detesto:
culpa ahora mi furia y mi venganza.

EGISTO.

¡Culparte! No. Destruye inexorable
la vida de este mísero que en hora
nació de maldicion. Hunde el cuchillo
una y mil veces en mi pecho. — Mira:
humilde y resignado me arrodillo.
Ya inocente no soy: Sácia tu ira:
ya inocente no soy pues anegada
en llanto inconsolable
por mi causa te ves. Yo que cual numen
del Cielo te adoraba
aun antes de mirarte; yo que ufano
hubiera una y mil veces perecido
por librarte del yugo de un tirano,
¡feliz si al menos con la sangre mia
logró espiar la que vertió mi mano!

MEROPE.

¿Dónde estoy? ¿Por qué triunfa de mis saña
el hechizo fatal de sus acentos?
¿Cómo en un alma sola
caben tan encontrados sentimientos?
¿Cómo al oirle, oh Dioses,
lágrimas de piedad vierten mis ojos?
¡Lagrimas criminales
que robo, madre indigna, al malogrado
fruto de mis amores...! — ¡Oh! Levanta;
maldicion de mi vida. (1)

(1) Se levanta Egisto.

¿Qué pretendes de mí con tu dulzura;
con tu falsa humildad? ¿Vencer con ella
presumes de una madre la ternura?
¿Por qué de la maldad la osada huella
abandonar ahora?
¡Muéstrate tan feroz, tan sin entrañas
como á tu triste víctima insepulta
á la angustiada madre que la llora,
y solo entonces de letal venganza
la voz escucharé! — Mas... si por desdicha
no fuese el muerto mi adorado Egisto...
¿No fué falaz tu lengua?
¿Nada callaste?

EGISTO.

No.

MEROPE.

¿Su edad?

EGISTO.

La mía:
Vuelvo á jurarlo; y su habla y su vestido
los de mi patria.

MEROPE.

¡Oh Cielo! El infelice
huyendo de Mesene á tí venia...

EGISTO.

Tal direccion al parecer trahia;
mas, lo recuerdo ahora, los soldados
que al entrar en el puente me prendieron
poco antes de la escena lamentable
salir del templo de Hércules le vieron.

## ESCENA IV.

—

*Mérope, Egisto, Polidoro* (1).

MEROPE.

¡Ah! Que has dicho!

POLIDORO (2).

(¡La Reina!)

MEROPE.

¿Qué mas quiero saber? ¿Qué testimonio;
qué evidencia mayor?

POLIDORO.

(Ese estrangero...)

MEROPE.

¡Infeliz hijo mio! Tu sincero
piadoso labio al inmortal Alcides
progenitor ilustre de tu raza
alzó ¡ay de mí! la súplica postrera
ante su sacro altar!

POLIDORO (3).

(¿Acaso... el reo...)

MEROPE.

¡Venganza le pediste de tu padre
por aquellos traidores inmolado
cabe el lecho nupcial!

---

(1) Saliendo del sepulcro de Cresfonte.
(2) Deteniéndose.
(3) Acercándose.

POLIDORO.

(¡Dioses! ¡Qué veo!)

MEROPE.

¡Venganza de la sangre
de tus tiernos hermanos inocentes
en la cuna ¡ay fiereza! derramada!

EGISTO.

¡Oh desesperacion!

POLIDORO.

(¡El es...)

MEROPE.

¡Yo vivo!
Yo á su sangre y la tuya
espiacion daré. Sombra querida,
sagrada sombra, el hierro vengativo
guia tú al corazon del vil sicario
que á mi amor te robó. Muere...

POLIDORO (1).

¡Detente!

MEROPE.

¡Aparta, temerario!

EGISTO.

¡Padre mio!

MEROPE.

¡Tu padre!—Al fin propicio

(1) Se interpone rapidamente y detiene el brazo de Mérope.

decreta el Cielo que tu muerte vea.
¡Oh justicia! ¡Oh placer! ¡Un solo golpe
me venga de los dos!

EGISTO.

¡Qué! ¿Mi suplicio
á tu rencor no basta? ¿En qué te ofende
esa triste vejez?

POLIDORO.

¡Deten el brazo!
¡Ah! Si tardo en llegar... Si alguno oyera
¡Fatal error! ¡Culpable regocijo!

MEROPE.

¡Traidor! ¿Te atreves...

POLIDORO.

¡Por piedad no grites!
Mira...

MEROPE.

¡Aparta!

POLIDORO.

¡Infeliz!... Hiere á tu hijo.

MEROPE (1).

¡Ah!! ¿Qué... qué has dicho... ¿El es...

EGISTO.

¡Ella!... ¡Mi madre!

POLIDORO.

Si; yo os lo juro. De los altos Dioses

---

(1) Dejando caer el puñal.

venerad los arcanos... ¿No clamaba
tu corazon por él? ¿Tan ciega fuiste...

MEROPE.

¡Tan ciega y tan cruel! ¡Hijo del alma!
¡El es! si; ¡él es!... ¡Oh gloria!

POLIDORO.

Baja la voz.

EGISTO.

¿Es sueño?... ¡Tú mi madre!

MEROPE.

¡Mi Egisto!

POLIDORO.

Este momento
tres lustros recompensa de amarguras.

EGISTO.

¡Oh celestial portento
que inunda de placer el alma mia!

MEROPE.

¡Aun soy madre! ¡Aun lo soy! Ven á mi seno;
concédelo á mi amor, hijo querido,
hasta que en él me muera de alegría.

EGISTO.

No estoy... no estoy en mí. ¡Madre!.. ¡Señora!..

POLIDORO (1).

¡Ah! ¡Temblad... Reprimios... Si el tirano...

EGISTO.

¡Y sin brazos ahora!...

(1) Observando inquieto.

Rompe, rompe, te ruego,
los vergonzosos nudos que me oprimen.

POLIDORO.

¿Qué dirá al verte libre Polifonte?
Sus sospechas...

EGISTO.

¡Eh! Rómpelos. ¿Qué tardas? (1)
¡Abrace yo á mi madre, y muera luego!

MEROPE.

¡Y yo me complacia,
insensata de mí, viendo tu oprobio!
Y por las negras furias instigada
iba á clavar impía
en tu seno el puñal! ¡Ah! ¿Me perdonas,
me perdonas, Egisto?

EGISTO (2).

¡Madre mia!

MEROPE.

¡Oh delicioso instante! — ¿Y quién ahora
nos podrá dividir? — ¡Cuánto he llorado!
¡Cuánto por tí he sufrido!
¡Por la esperanza sola
de estrecharte en mis brazos maternales!
Mas ya todo lo olvido.
No sé que nuevo ser, que aliento nuevo
me infunde tu presencia. — Alza ese rostro;
que en él quiero mirarme embelesada.
¡Cuán bello! ¡Cuán donoso!... ¡Ah! ¿Que (mancebo
mas apuesto y gentil crió la Grecia?

(1) Polidoro y Mérope desatan á Egisto.
(2) Echándose en sus brazos.

¿Cual será la princesa peregrina
que merezca tu mano? — Ilusa y necia,
y mas que ciega he sido: lo confieso.
No hay disculpa á mi error. ¿Cómo no he visto
en tu cándida frente, amado Egisto,
la de mi caro esposo y en tu boca
su grato sonreir!

EGISTO.

¡Tan apacible,
tan tierna y bondadosa, madre mia;
y plugo al Cielo hacerte desdichada!

MEROPE.

¡Ah, Polidoro! De mi furia loca
acúsame severo.

POLIDORO.

¡Yo acusarte!
¿Que mucho si el esceso
de tu propia ternura
despues de tantas penas y quebrantos
pudo con nube oscura
velar tus ojos y ofuscar tu mente?
¿Mas no veis el peligro que os rodea?
Si os sorprende el tirano...
Temed no alguno os vea
de sus viles satélites... Ya basta.

MEROPE.

¡No! Tres lustros sin verle... ¿Y tú, inhumano
tú de una madre ansiosa á las caricias
tasa quieres poner? ¡Que venga ahora,
que venga á arrebatarle de mis brazos
el bárbaro opresor!

POLIDORO.

¡Ah! Si aun te resta
la plácida esperanza
de renovar tan halagüeños lazos,
¿por qué asi la aventuras imprudente?
Lo que la fuerza, oh Mérope, no alcanza
la paciencia, el ardid logran acaso.
Si la verdad descubre Polifonte,
perdidos sois.

MEROPE.

Sí;... dominar procuro
mi pasion... Pero, en nombre de Cresfonte,
¡otro abrazo, y no mas!

EGISTO.

¡Ah! Yo te juro
ser digno de tu amor.

POLIDORO.

¿Y á Polidoro
no has de abrazar, ingrato?
¡A tu padre...

EGISTO (1).

¡Ah! ¡Perdona...

POLIDORO.

Que aun me atrevo
á llamarme tu padre.

EGISTO.

Un insensato,
un mónstruo fuera yo si te negase
amor y gratitud.

---

(1) Abrazando á Polidoro.

POLIDORO.

¡Príncipe mio!...
¿Mas cuál, oh Reina, de tu error funesto
ha sido la ocasion?

MEROPE.

No es maravilla
que tanta y tanta prueba
á una madre engañasen angustiada,
cuando el sagaz tirano
creyó tambien la malhadada nueva.
Tres años sin saber del hijo mio
pasados eran ya: Narbas me anuncia
su fuga inesperada:
un mancebo en las márgenes del rio
herido muere de sañosa mano:
el muerto, el matador ambos iguales
en habla, en patria, en trage y en fortuna...
En la boca del mísero acusado
suena el acento de verdad sincera:
su nombre le demando, y no vacila:
Ismeno soy, responde,
y mi padre, Cleon...

POLIDORO.

¿Como le hubiera
de tanto y tanto riesgo preservado
sin ocultar al mundo
el nombre de los dos? Mas por desgracia
falaz, ya no hay dudarlo, el mensagero
á quién osé fiar tan grave arcano
antes quiso engañarme
que arrostrar el enojo de un tirano.
Ni el nombre que fingí, ni el verdadero,
ni el lugar de mi asilo

á revelar volví desde aquel dia;
que inútil lo juzgaba, y del sigilo
la vida de mi Egisto dependia.

MEROPE.

Vé aqui la causa del fatal engaño;
y este puñal...

POLIDORO.

¡Oh Cielo! El que Cresfonte
moribundo me dió. Junto á Micenas
cuando errante á mi príncipe buscaba
alevosos bandidos me asaltaron
y de esa cara prenda
tan grata á mi lealtad me despojaron.

EGISTO (1).

¡Dadme, dadme el puñal! — Bien te lo dije:
siniestra era la faz de mi enemigo,
y mas que de mancebo generoso
de cobarde ladron. — ¡Yo te bendigo,
fatídico puñal, y al alto Jove
que en mis manos, no indignas de su raza,
tan sagrado depósito confia!

MEROPE.

¿Y á quien, á quién, ¡ay mísera! amenaza
tu imprudente furor? ¿Podrás tú solo
vengar tu sangre en la del vil tirano
aquí donde sus guardias, sus parciales...
¡Ay, cuán poco ha durado mi alegría!
¡Y en la efusion de mi materno afecto
me he soñado feliz! ¡Cuántos puñales

---

(1) Tomando vivamente el puñal.

se alzaran sobre tí si el que en tu mano
me hiela de pavor vibrar osaras!
¡Ah! Por piedad escóndelo, hijo mio,
hasta salir de este hórrido palacio:
escóndelo te ruego. (1) Ese perjuro
nacido te imagina de la plebe
y muerto juzga al hijo de Cresfonte.
Sé cauto, sé falaz, aunque tu puro
corazon generoso lo repruebe.
Yo fingiré tambien. ¿Y qué no haria
por conservar tu vida, que es la mia?
No con rostro halagüeño,
no con ojos de madre
te miraré, sino con crudo ceño;
sí; con todo el horror que Polifonte
me pudiera inspirar. Yo...

POLIDORO.

¡Separaos!
¡Ah! Bien temia... Un guardia presuroso
aquí se acerca... (2)

MEROPE.

¡Oh Dioses!

EGISTO.

¿Por qué tiemblas?
El Cielo armó mi mano.

MEROPE.

Tal vez para tu mal. ¡Ay! Si el tirano
ese puñal te viera...
¡Vuélvemelo...

---

(1) Egisto guarda el puñal.
(2) Atraviesa la escena un soldado.

EGISTO.

¡Ya no! Pueda yo al menos,
si no vengado, fenecer con gloria,
cual Rey, cual hijo tuyo y de Cresfonte;
no como siervo vil.

POLIDORO (1).

Confuso estruendo...
¿Oís?... De armas, de voces...

MEROPE.

¡Ah! ¡Perdidos,
perdidos somos! El verdugo horrendo...
Miradle aquí! ¡Oh terror!...

## ESCENA V.

*Mérope, Egisto, Polifonte, Polidoro, Guardias.*

POLIFONTE.

Volad... ¿Qué miro?
¡Tú aquí... y ese caduco temerario...
Si tanto te es odioso,
¿cómo á tu lado está?—Y ese estrangero
blanco de tu furor... ¿Cómo el acero
no te ha vengado ya del sanguinario
matador de tu hijo?... Temblorosa,
ni aun puedes responder. ¿Por qué en cadenas
ya gemir no le veo
si tú misma le acusas y condenas?

MEROPE.

Moviome á compasion... El desdichado

(1) Acercándose.

ignoraba la sangre que vertia...

POLIFONTE.

¿Mas... tanta agitacion, tanta zozobra...?

MEROPE.

¿Zozobra?... No... Tranquila...

POLIDORO.

Mis plegarias
su furor aplacaron, y recobra
su imperio la razon. No es grata al Cielo
de una inocente víctima la sangre.
Ismeno...

POLIFONTE.

Sella el labio. ¿Por ventura
desciendo yo á la mengua
de interrogarte á tí? La inicua trama
que urdís sin fruto en vuestros ojos leo.
¿Y cómo aquí entre lanzas, entre muros,
sin otras armas que la torpe lengua,
cómo esperais, perjuros,
triunfar de mi poder? — Mas harto tiempo
aquí se abusa ya de mi clemencia.
Caiga á mis pies exánime el injusto,
el odioso agresor. ¡Guardias!...

MEROPE (1).

¡Teneos
por piedad! Es...

POLIDORO (2).

¡Señor! Es hijo mio.

---

(1) Interponiéndose.
(2) Interrumpiéndola.

POLIFONTE.

¡Pérfido... Y bien... ¡Herid...

MEROPE.

¡Es inocente!

EGISTO.

Sí; por el alto Cielo te lo juro;
y no te ruego aunque inocente sea
que te duelas de mí. Mas si en la tumba
no quieres que por siempre el grave arcano
se hunda conmigo que impaciente en vano
anhelas descubrir, óyeme...

MEROPE.

(¡Oh Cielo!)

POLIFONTE.

Habla. Por un instante
consiento en suspender mi justo enojo;
y si huye de tus labios la falacia
acaso aun puedes merecer mi gracia.

EGISTO.

Ni mentirá mi labio, ni la implora.
Si sed de humana sangre te devora,
harta ocasion para verter la mia
el ódio sea insuperable inmenso
que me infunden en tu horrible tiranía
y tu alma feroz. He aquí el delito
que castigar en mí debe tu brazo,
no el que me imputas, no. Si desde el Orco
pide venganza en congojoso grito
la sangre del heráclida infelice,
si Egisto á las Deidades del averno
una víctima pide,

no á mí, sino á su bárbaro asesino
señala acusador. Caiga inmolado,
y recobre Mesenia
la suspirada paz, y el universo...

POLIFONTE.

¿Y á quien ¡vana impostura!
á quién acusa Egisto?

EGISTO (1).

A tí, perverso.

MEROPE (2).

¡Ah!

POLIFONTE.

¡Pérfido!... Vengadme...
Yo muero... (3)

MEROPE.

¡Miserables!
¿Qué sangre osais verter? Toda la mia
ha de correr primero
que en la suya mancheis el torpe acero.

EGISTO.

¡Aparta! No he temido á Polifonte
¿y satélites viles, mercenarios
me infundirán pavor?...

MEROPE.

¡No! seducidos

---

(1) Se avalanza á él y le hiere.
(2) Grito de espanto.
(3) Parte de los guardias le retiran moribundo, los demas amenazan á Egisto, y Mérope y Polidoro se interponen.

por un tirano audaz, artificioso...
Mas ya cansado de sufrirle el Cielo
dió término á su vida
y con ella al terror que os inspiraba.
Y ¡qué! ¿de un sedicioso
escuchareis el eco moribundo,
¡oh crímen! ¡oh rubor! Y á vuestra reina,
cuando quiere en tan plácido momento
dar nuevo ejemplo al mundo
de bondad, de clemencia
á súbditos rebeldes perdonando,
negareis el respeto y la obediencia
que mereció el infame Polifonte?
No. Si menos el oro que el engaño
pudo apartaros de la noble senda
por do os guiaba un dia el gran Cresfonte,
aun arde en vuestras almas no estinguida
la llama del honor. A un asesino,
á un despreciado alumno de la infamia
quizá pensábais arrancar la vida...
¡Ilusos! ¡Cuál será vuestra vergüenza
cuando su noble origen mas que humano
os declare mi voz! ¿Y ¡qué! no basta
mi inmenso regocijo,
á revelar en él un héroe, el hijo
del ínclito Cresfonte? Sí; la prenda
que tantos años de dolor y afanes
ha costado á mi amor; aquel Egisto,
postrer renuevo de divina estirpe,
último fruto de mi casto lecho,
¡miradle aqui! Los Dioses inmortales
libre le vuelven al paterno techo,
libre al escelso trono
por vil usurpador contaminado.
¡Miradle aqui! Si el criminal encono
de ese mónstruo heredais; si en el portento

de verle libre en mis amantes brazos
no venerais sumisos
de un Dios la oculta mano protectora;
si no temeis la execracion del orbe
y el eternal tormento que al impío
las deidades del Tártaro reservan,
herid su seno y desgarrad el mío.

LOS SOLDADOS (1).

¡Perdon!—¡Piedad!—¡Perdon!

MEROPE.

¡Desventurados!
¿Perdon osais pedir? ¡Oh! Merecedlo.
Alzad del suelo: levantad la frente.
No siervos abatidos
quiero yo, sino ardientes defensores
de un generoso Príncipe inocente.
Aun podeis por su causa peleando
espiar la ignominia
de haber doblado á un déspota insolente
la cobarde cerviz. Al fiero bando
que el traidor Polifonte acaudillaba
de su muerte llevad la fausta nueva;
y si hay alguno que á lidiar se atreva
por restaurar la negra tiranía,
unidos á mis fieles partidarios
castigad su execrable alevosía.
¡Volad!...

POLIDORO.

Crece el tumulto
y el fragor de las armas...

(1) Postrándose y deponiendo las armas.

LOS SOLDADOS.

¡Viva Egisto!

EGISTO.

¡Una espada!... (1) Seguidme.

POLIDORO.

Ya es en vano.

MEROPE.

(2) ¡Ah! detente...

POLIDORO.

Las puertas del Alcazar
cayeron al furor... ¡Dioses! ¿Qué veo?
Armada multitud...

*Voces dentro.*

¡Muera el tirano!

MEROPE.

¿Oís? ¿No es ilusion?

*Voces dentro.*

¡Viva la Reina!
¡Caiga el usurpador!

POLIDORO.

¡Dichoso dia!

*Voces dentro.*

¡Muera el tirano, muera!

EGISTO.

¡Oh madre!

---

(1) Se la da un soldado.

(2) Grande estrépito y grita popular en lo interior del palacio.

MEROPE.

¡Oh gozo!

POLIDORO.

¡El pueblo, el pueblo fiel...

MEROPE.

Narbas le guia.

## ESCENA ULTIMA.

—

*Mérope, Egisto, Polidoro, Narbas, Guardias, Pueblo.*

NARBAS.

¿Dónde, dónde se oculta ese verdugo...

MEROPE.

Deteneos... ¡Miradle! (1)

NARBAS.

¡Muerto!— ¡Oh Patria!
Ya en fin respiras sin el ferreo yugo
que tantos años te oprimiera. ¡Oh cuánto
la diestra envidio generosa y fuerte
que dió al traidor la merecida muerte!

MEROPE.

Mas... Su inícua faccion...

---

(1) Señalando hácia el bastidor.

NARBAS.

Cayó inmolada
al furor popular; cayó con ella
el criminal Adrasto. Ya Mesene
ansiaba tremolar el estandarte
de su perdida libertad. La fama
de lengua en lengua rápida difunde
la nueva que te aflije,
y el pueblo entero que la ira inflama...

MEROPE.

No prosigas. ¡Oh gloria!
¡Oh venturoso error!

NARBAS.

¡Qué! ¿Vive Egisto?
¿No le sacrificó venal acero...

MEROPE.

No. Vedle, vedle aqui.

NARBAS.

¡Príncipe amado!

EGISTO.

Noble patricio, intrépido guerrero,
alza á mis brazos.

POLIDORO.

¡Narbas!

NARBAS.

¡Caro amigo!

POLIDORO.

¡Oh cansada vejez! Yo te bendigo

pues tan plácido instante me deparas.
Venga la muerte ya.

MEROPE.

Fieles Mesenios,
á vuestro Rey mirad. Reconocedle
en el amor de su dichosa madre
que muerto le juzgaba:
reconocedle en el valor heróico
con que de un solo golpe el alma rea
del bárbaro arrancó que os insultaba.

NARBAS.

He aqui nuestro Monarza. Yo el primero
lealtad y amor le juro.

PUEBLO.

¡Viva el Rey de Mesenia!— Viva Egisto!—
¡Viva Mérope!— ¡Viva!

EGISTO.

No olvido, oh Polidoro,
que á tu amparo crecí pobre y oscuro.
Siempre serás mi padre.— Y tú, á quien ama
mas que corona y vida
mi tierno corazon, tú de mi mano
acepta, oh madre, el cetro soberano...

MEROPE.

No; que el colmo será de mi contento
verte reinar donde reinó Cresfonte,
y sobre el pueblo que leal te aclama
benigno derramar bienes sin cuento.
Góceme yo en tu gloria, en tu grandeza;
y nada mas anhelo.— Ciudadanos,
él mismo os ha mostrado con su acero

qué galardon merecen los tiranos.
Digno de su preclara dinastía
al empuñar el cetro de los Reyes
será mi Egisto; y cobrará Mesenia
su hollada libertad, sus santas leyes.



